

AÑO II

NÚM. VII

CERVANTES

D
6933

Madrid, febrero 1917.

REVISTA MENSUAL IBERO-AMERICANA

COLABORACIÓN

J. A. González Lanuza - Santiago Rusiñol
Carlos Cabrera - Luis G. Urbina - Luis Barre-
da - Rubén Darío - Tomás Morales - Francis-
co Orozco Muñoz - Julio Cejador - Luis Cabre-
ra - Juan de Contreras y López de Ayala - En-
rique D. Madrazo - Isidro Fabela - José Toral
Luis León Domínguez - Antonio Gullón - Ama-
do Nervo.

IMP. DE M. GARCÍA Y GALO SAEZ. MESÓN DE PAÑOS, 8



El mejor carburador. * El más económico.
* El que produce mayor rendimiento. *

FABRICACIÓN NACIONAL

Patente 60.352

Sistema B. Martín.

Talleres: Ronda de Atocha, 23, Pasaje Industrial.

Director: ANTONIO PRAST
MADRID

AÑO II

NUM. VII

CERVANTES

Madrid, Febrero 1917.

REVISTA MENSUAL

ROCINANTE

Vino a mi propósito el escribir estas páginas hace bastante tiempo, como resultado de conversación con un amigo de superior inteligencia, uno de estos con los cuales conversar siempre es aprender y de cuyo trato sacamos, no tan sólo ideas transmitidas, sino aun estímulos y sugerencias que nos hacen pensar y que acrecientan así el caudal de las ideas propias, por las que en nuestra mente despiertan sus palabras. En esa conversación se examinó la idea que es fundamental entre todas las que aquí han de exponerse, que quiero consignar netamente, al comienzo de este trabajo, porque a todo él informa y

porque a todo él hizo surgir, como semilla fecunda. Observábamos cómo ha sido cualidad propia de los grandes escritores, háyanse servido del verso o de la prosa, el haber sabido crear caracteres bien definidos, verdaderas *impersonations*—que dicen los ingleses, con palabra realmente intraducible—que parecen tener una existencia tan real y efectiva que creemos conocerlos, que, al cabo, los hemos verdaderamente conocido; a tal punto que, ante sus representaciones plásticas, intentadas por pintores y escultores, nos atrevemos a decir si aquellas figuras son o no verdaderas representaciones, atinadas y ciertas, del ser ideal representado, como si éste hubiera existido efectivamente; y ello nos convence de que tal sér ha tenido, en verdad, la más cierta y aun la más alta existencia que puede tener sér alguno; tal, que ha llevado a don Ramón de Campoamor a decir, en uno de sus *Pequeños Poemas*:

«¡Si a veces duda el mundo
si César o Colón han existido!
¡Los verdaderos hombres que han nacido
son Fausto, Don Quijote y Segismundo!»

Y, concretando nuestra tesis, hablábamos de dos figuras de bronce, bastante comunes en aque-

llos días en las tiendas en que se comercia en objetos de arte o de ornamentación, que pretendían representar a Don Quijote y a Mefistófeles, exageradas y ridículas caricaturas de estas dos creaciones imperecederas, que nada tienen de análogo; pero que, de modos muy distintos, vienen influyendo desde que aparecieron en el mundo sobre la mente humana. Ello nos llevó a pasar revista a otras personificaciones, hijas de la literatura universal, desde el trágico Orestes y la dulce Ifigenia de la antigüedad griega hasta ese mismo Fausto, por Campoamor citado, que tal vez sea hermano mayor de Manfredo, de los últimos de tal linaje, y al que quizá pudiera darse a Quasimodo como final representante. Y discurrendo sobre otros miembros intermedios de tan ilustre familia, a través de la rica prole de Dante y de Shakespeare, vinimos a parar a ese otro gran padre de tales criaturas, que se llamó Miguel de Cervantes y, de repente, pensamos en algo que no habíamos pensado hasta entonces, al hallarnos, con sorpresa, frente a un sér quizá único en su clase, pues que tiene esa firmeza de rasgos físicos y morales propia de toda su estirpe, esa unidad del carácter que les es común a todos y esa neta precisión de todos los contornos, que les da el sello de personas vivas y que los hace típicos e inconfundibles;

pero (caso singular) no pertenecía a la especie humana, a la que los demás invariablemente pertenecen. ¡Era un animal! ¡Era Rocinante!

Pareciónos entonces como si por primera vez lo hubiésemos contemplado, y caímos en un mérito peculiar de su creador, que, como todos sus congéneres, produjo esos dos tipos efectivos e inmortales que se llaman Don Quijote y Sancho, ejemplares de esa gran galería de hijos muy humanos de la mente humana; pero produjo, además, un caballo, para colmo de prodigio, ridículo y feo, al que dió por compañero un asno, no tan típico como él ciertamente, dado que el rucio es más borroso y vago, al paso que el caballo tiene tanta realidad y tanta vida, que no podemos verlo en pintura o en grabado sin decirnos en el acto si es él o si no es él, como nos lo decimos ciertamente de su jinete y señor.

Y dando vueltas a tal idea, llegué a preguntarme si esa viviente entidad equina que se llama Rocinante debe sus caracteres, su realidad, su vitalidad, a cosa que le es propia, o simplemente a haber sido cabalgado por tal jinete, ora a través de los tranquilos campos de la Mancha, ora en las ariscas soledades de Sierra Morena, ora por las bulliciosas calles de la vieja Barcelona; siendo así su personalidad un mero reflejo de la de su dueño, y con este problema en la

mente, dime a releer la historia del *Ingenioso Hidalgo*.

He buscado a través de ella a Rocinante con especial cuidado, como si él fuese el protagonista de la gran novela en cuyas páginas vive. En los dos volúmenes de la edición que poseo lo hallé citado 108 veces, sesenta en el primero, cuarenta y ocho en el segundo, incluyendo en la pesquisa el *Buscapié* y los versos que preceden y que siguen a la Primera Parte, así como el Prólogo y las dedicatorias. Dada la constancia con que él está en escena, son realmente pocas citas; y el caso es más sorprendente si se repara en que muchas de ellas se limitan a decir que Don Quijote hubo de montar en él o que Sancho procedió a ensillarlo o a desensillarlo. Poco, en efecto, se dice de él en todo el libro; y de ello derivé primero la impresión de que era su vida una vida refleja y no una propia y personal existencia. Pero, antes de formar este juicio como definitivo, pensé en que esos grandes creadores de personificaciones, no necesitan de muchas palabras para dar vida a sus criaturas; puse en cuán pocas habían bastado a dar a Dante para hacernos ver eternamente a Farinata, eruido en su fosa, altivo, despreciador del infierno y de sus tormentos, o a Sordello, sereno y tranquilo, como león que descansa; en los poquí-

simos versos que había usado Shakespeare para dar vida, por ejemplo, a Henry Percy, *Hotspur*, personaje si se quiere secundario de una de sus tragedias históricas, al que nos parece que hemos conocido y aún que asistimos a sus explicaciones con el rey Enrique IV sobre los motivos en cuya virtud no le entregó los primeros prisioneros que hizo en la batalla de Holmedon; y entonces, siempre en busca del secreto de la vida peculiar de Rocinante, apliqué mayor atención a los lugares en que se menciona; y he hallado sus rasgos de figura y de carácter tan constantes y precisos, que he llegado a pensar, sin duda alguna, que la pobre y maltrecha bestia es una de las creaciones más salientes, no ya de la literatura española, sino de la literatura universal, y la única en su clase, dado que no es de nuestra especie, sino que la pluma que le dió el ser la fué a tomar en la región poco precisa y nada abundante en rasgos típicos e individuales de la animalidad.



Por lo que hace a su aspecto exterior, no es preciso describirlo ahora, porque cierto me hallo de que todos aquellos que tengan la bondad de escuchar esta lectura lo estarán viendo, como

quien dice, en estos momentos. ¿Cómo es que ha quedado así, en la imaginación de todos, aun tal vez la de aquellos pocos que no han leído el libro en cuyas páginas se le encuentra? Porque es lo cierto que Cervantes nunca se ha empeñado en describirlo de una manera detenida. A través de toda la obra ha dejado caer tan sólo unas cuantas pinceladas, y con ellas hemos tenido bastante para que la estampa del rocín no se separe nunca de los ojos de nuestro espíritu. La vez primera que nos hallamos con un como conato de abortada descripción, el más franco elemento descriptivo se encuentra en un frase latina. En el capítulo primero de la primera parte, después de referirnos Cervantes algunos de los preparativos de don Alonso Quijano (todavía no Don Quijote definitivamente) para equiparse al efecto de emprender sus correrías en busca de aventuras, tras de decirnos cómo se fabricó por vez segunda aquella media celada de cartón, *y sin querer hacer nueva experiencia de ella, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje*, nos refiere que *fué luego a ver a su rocín*. Aquí la pintura completa del animal se hubiera ocurrido oportuna a cualquier escritor que no supiese que vale más, para que sea precisa la imagen que ha de impresionar al lector, que ésta se forme, por decirlo así, espontáneamente

en la imaginación del que lee, y que bastan, para ello, unos cuantos toques bien dispuestos, grandemente sugestivos. Así el gran libro regocijado empieza aludiendo al caballo con un donaire característicamente genuino del tono general de la obra. Haciendo un juego de palabras con el nombre que entonces se daba a una enfermedad que suele atacar a los caballos en los cascos, nos dice el autor que aunque el pobre animal *tenía más cuartos que un real y más tachas que el caballo de Gonela*, pareció a Don Quijote que ni el Bucéfalo de Alejandro ni el Babieca del Cid con él se igualaban. En ello el buen hidalgo no hacía sino aplicar a su rocín el criterio con el que todo lo juzgaba y mirarlo a través del constante cristal de su locura; como veía castillo roquero en una venta de camino y dama de no igualada hermosura en Aldonza Lorenzo, zafia aldeana de aires rudos y hombrunos, tan deliciosamente pintada por Sancho cuando, con no escasa sorpresa suya, llegó a identificarla con *la sin par Dulcinea del Toboso*. Pero como no sería bien que el lector quedase en ayunas acerca del *caballo de Gonela*, no tan conocido ni tan célebre como Babieca o Bucéfalo, el autor agrega, a la alusión que hace del mismo, *que tantum pillis et ossa fuit*; y aun así, quedádome hubiera yo en la mayor ignorancia

acerca de quién fué el dueño de tan flaca cabalgadura, de más general conocimiento, sin duda, en el siglo XVII que a la fecha, si una nota del libro no me dijese que fué el tal Gomela un bufón de uno de los duques de Ferrara. Y no hay más elementos descriptivos en esta primera alusión al animal que es como su fe de bautizo, pues que el párrafo no contiene luego otra cosa que el decirnos cómo llegó su amo a darle el nombre ridiculamente altisonante con el que la Humanidad lo reconoce; nombre que tiene también un carácter definido, pues que, en muchas partes, es del mismo género que el que a sí propio se diera su amo, en su condición de caballero andante; y que está caracterizado por el mismo énfasis que lo inspira, en contraste con la ridiculez que lo domina, de cuyas circunstancias es tal vez el mejor ejemplar aquel otro con el que Don Quijote designa a uno de los más fuertes y nobles caballeros que hubo de ver en aquellos rebaños de carneros, a los que le plugo atacar, por su mala ventura, ¡el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche, señor de *las tres Arabias* nada menos!

Pero, en verdad, que limitarse a decirnos que la pobre bestia era todo huesos y pellejo (y esto en latín), y que estaba llena de *cuartos* en los cascos, no es señalar caracteres suficientemente

específicos que la diesen aquella fuerte individualidad de que disfruta, sino dejar caer tan sólo algunos rasgos genéricos, sin duda comunes a tantas y tantas caballerías desgraciadas como han sido, son y serán en el mundo, y de las cuales Rocinante resulta, siglos hace, sublimado prototipo, bestia esencialmente representativa, encarnadora eminente de los mayores defectos físicos que pueden afligir, y de las más altas y nobles prendas morales que redimen a todos los desgraciados seres del hampa equina que trotan canijamente sobre la tierra.

Ya en la venta, en la época de la primera salida, comienza a ofrecerse, con motivo de Rocinante, aquel perenne contraste entre la realidad, tal como la percibía Don Quijote, y tal como el común de los hombres llegaba a percibirla. Porque cuando el caballero andante llega a dicha venta, al desmontar y poner en manos del ventero su cabalgadura, dijole *que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que comía pan en el mundo*. Cervantes no se cuida de subrayar la gracia de este régimen alimenticio aplicado a un animal de tal clase, sino que se limita a decir: *Mirólo el ventero, y no le pareció tan bueno como Don Quijote decía, ni aun la mitad*. De estas pequeñas y como descuidadas observaciones acá y allá reproducidas, está

fabricado el artificio sencillísimo mediante el cual hemos llegado todos a tener bien fija en la imaginación la figura precisa y bien delineada de este singular y verdadero *personaje* de la famosa y sin par novela. Así, cuando Don Quijote, internado en Sierra Morena, después de apedreado por los galeotes que él mismo libertara, decide seguir el consejo de Sancho, temeroso de la Santa Hermandad, con la cual *no hay usar de caballerías*, y llega inclinado al fin a ser prudente, *a la mitad de las entrañas de la sierra*, ocurre que topa con ambos Ginés de Pasamonte, llevado al mismo lugar en virtud del propio sentimiento que guiara a Sancho, y decide (porque *no era agradecido ni bien intencionado*) hurtar el asno, *no curándose de Rocinante, por ser prenda tan mala para empeñada como para vendida*. Igualmente, ya al final de la parte primera, cuando por industrias del cura de su pueblo, va Don Quijote de regreso al mismo, encantado y metido en una jaula, Sancho le aconseja que intente salir de ella, ofreciéndole ayudarlo, y le recomienda que *pruebe de nuevo a subir sobre su buen Rocinante, que también parece que va encantado, según va de melancólico y triste*. Y en un pasaje en que se ocurrió a Cervantes contarnos cuál era y cuánta la amistad que entre el Rucio y Rocinante existía, aprovechó la ocasión para

decirnos que ambas bestias se acercaban y se rascaban una a otra, lo que parece ha sido siempre, entre animales, muestra evidente de grandísimo afecto, *y después que estaban cansados y satisfechos de rascarse, cruzaba Rocinante el pescuezo sobre el cuello del Rucio, que le sobraba de la otra parte más de media vara*, dándonos a entender, con esta sola medida del cuello, cuán largo, cuán flaco y cuán desgarrado era. Finalmente, este achaque de fluencia aparece en el pobre rocín tan característico y esencial, que cuando ambos, caballero y escudero, vuelven a su aldea, definitivamente, vencido el primero por *el de la Blanca Luna*, maltrecho y melancólico, cerca ya del recobrar el juicio y del morir, cosas ambas que, como es sabido, le ocurrieron en un punto, acuden a verlos cuantos chiquillos en el pueblo había, que al advertir una coraza pintarrajeada puesta sobre la cabeza del rucio (recuerdo que Sancho se trajera del castillo de los duques y memoria del desencanto y resurrección de Altisidora), que allí la había Sancho acomodado, decíanse unos a otros: *venid, muchachos, y veréis al asno de Sancho Panza más galán que Mingo, y la bestia de Don Quijote más flaca hoy que el primer día*. Última mención que del pobre animal se hace en la obra final, que coincide con aquel principio en que el autor lo

hubo de presentar a los lectores, semejante al caballo de Gonela, que *ta ntum pellis et ossa fuit*.

Sin embargo, algo más hay en el Quijote, que resulta descripción de la estampa y figura de tal bestia; que cuando Cervantes deja en suspenso el contarnos cómo se decidió la batalla entre el vizcaíno y Don Quijote y, allá en el capítulo IX de la Primera Parte, expone el artificio de haber encontrado la historia del hidalgo, escrita en arábigo por Cide Hamete Benengeli, en unos empolvados cartapacios que un muchacho vino a vender a un sedero de Toledo y que él adquirió por medio real, cuenta cómo en el primer cartapacio halló pintada esa batalla con el susodicho vizcaíno; y, refiriéndose a lo propio y exacto de la pintura, escribe estas palabras: *estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan hético confirmado, que mostraba bien al descubierto con cuánta advertencia y propiedad se le había puesto el nombre de Rocinante*.

¡Cosa singular! En esta, su más completa descripción y más cabal diseño, aparece cotejada ya su supuesta estampa real con una figuración plástica que se dice, en el más amplio sentido de la palabra *una pintura*. Ya se condenaba a estas al parecido fiel que debían y deberán guardar, por los siglos de los siglos, con un ente pu-

ramente imaginario, si acometían la empresa de representarlo; ya el padre de tan singular personificación lo sabía dotada de una vida superior e imperecedora, con caracteres tan precisos que toda representación suya debía ser retrato, y retrato fidelísimo, pues que el modelo habría de ser como si existiese, vivo, realmente vivo, con rasgos típicos inalterables, tanto más inalterables cuanto que en ellos no influiría el curso del tiempo, por tratarse de una criatura destinada a la inmortalidad.

Cuerpo semejante es natural que adoleciese de defectos físicos lamentables.

Por lo pronto, un animal tan flaco, *tan hético confirmado*, no podía tener mucha resistencia. Así era, en efecto; y tan capital y palpable esta deficiencia resultaba que su amo y señor a pesar de tener de él aquella opinión que comunicó al al ventero, y que ya vimos, vióse forzado a reconocer que a su cabalgadura fueron imputables algunos de sus contratiempos como caballero andante, hasta el ocurrido finalmente, el decisivo y fatal de su palmario vencimiento en las afueras de Barcelona, ante los ojos del Virrey, que puso término a sus caballerías, a su locura y a su existencia misma.

Ya cuando su primera salida, al dejar la venta, hubo de topar Don Quijote no con la Iglesia,

sino con unos mercaderes que iban a Murcia a comprar seda, a los cuales por no haberse prestado a reconocer la belleza superior de Dulcinea sin verla, calificó el enamorado caballero de *gente descomunal y soberbia*. Y como atacase a uno de aquellos mercaderes, agudo y burlón, que había dicho algunas impertinencias siquiera de un modo condicional, de Dulcinea, ocurrió lo que ahora transcribo. *Y en diciendo esto, arremetió con la lanza baja contra el que lo había dicho con tanta furia y enojo que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, la pasara mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante, y fué rodando su amo una buena pieza por el campo, y queriéndose levantar, jamás pudo..., etc.* Y entre tanto que pugnaba por levantarse y no podía, estaba diciendo: *non fuyais, gente cobarde, gente cautiva: atended, que no por culpa mía sino de mi caballo, estoy aquí tendido.*

Y es que, si bien Don Quijote, en su jactancia, creía cuanto con él y sus caballerías se relacionaba, de primer orden y no excediendo jamás, por encima de todo colocaba su valor, la pujanza de su brazo, el brillo de sus armas y su gloria; y no como contradicción de su locura, sino como confirmación de la misma, veía las cosas como eran, cuando al verlo importaba a

la conservación de su prestigio y de su fama, tales como él las entendía.

Naturalmente, vino después de lo contado, la inevitable paliza, por mano de un mozo de mulas, que obligó a Don Quijote a la primera retirada a su casa, acomodado sobre el Rucio. Sancho al pie, y cargado con las armas Rocinante, culpable único de tal desventura.

Y quedó esta culpa de Rocinante bien firme en el ánimo de Don Quijote, porque cuando lo condujo, al fin, a su casa aquel labrador vecino suyo, a quien Don Quijote tomara por don Rodrigo de Narváez y por el Marqués Mantua, al salir a su encuentro el ama y la sobrina, así como el cura y el barbero, antes que nada, dijo: *ténganse todos que vengo mal ferido, por culpa de mi caballo...* ¡Pobre caballo! la víctima principal de la locura de su dueño, que tantos malos ratos estaba llamado a pasar en lo futuro...!

La resistencia del caballo no brilla tampoco mucho en la aventura de los molinos de viento, aunque sí su resignación y sufrido carácter. Y no es que podamos reprocharle el que las aspas del molino lo derribaran, porque esto acaecido hubiera aún a más lucido corcel, sino por lo fácil que fué, y lo desastrosa su caída.

El ataque y la derrota del caballero andante se pintan con estos colores: *bien cubierto de su*

adarga, con la lanza en el ristre, arremetió a todo el galope de Rocinante y embistió con el primer molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió al viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy maltrecho por el campo... Sancho interviene entonces, como siempre, en auxilio de su amo, y, como siempre mezcla a la ayuda los reproches; pero estos no se dirigen contra el caballo: ¿no le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacia, que no eran sino molinos de viento, y que no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza? Y habiéndolo ayudado a levantarse, tornó Don Quijote a subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba; sin perjuicio de lo cual, parece haber seguido, con la carga a cuestas, su camino.

Cuando los galeotes, recién libertados, muestran una tan negra ingratitud cual la que mostraron, apedreando a su libertador, la debilidad de la bestia en discurso aparece tan grande que queda aturdido primero, pues que no hacía más caso de la espuela que si fuera hecho de bronce; y después viene al suelo de una pedrada y queda tendido junto a su amo, mientras el jumento estaba cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas, pensando que

aún no había cesado la borrasca de las piedras.

Lleguemos con esto a la desdicha fundamental del Buen Caballero al combate con el de la Blanca Luna, que en lo esencial ocurrió de este modo: *volvieron entrambos (los dos contendientes) a un mismo punto las riendas a sus caballos y como era más ligero el de la Blanca Luna, llegó a Don Quijote a dos tercios andados de la carrera, y allí le encontró con su poderosa fuerza, sin sin tocarle con la lanza, que levantó al parecer de propósito, que dió con Rocinante y con Don Quijote en el suelo una peligrosa caída.* Cuando los asistentes al combate acudieron a auxiliar al caído, *levantaron a Don Quijote, descubrieronle el rostro, y halláronle sin color y trasudando. Rocinante, de puro malparado, no se pudo mover por entonces.* Sancho quedó sumido en el mayor asombro y la mayor tristeza, *y temta si quedaría o no contrahecho Rocinante.* El buen caballero, por mucho que fuese sincero y leal, aún por serlo, y llevado de aquel su espíritu que a todo antepone su fama, volvió a ver claro respeto de aquel caballo que, al principio de la su historia le vimos anteponer a Bucéfalo y Babieca; debió advertir que antes bien se asemejaba al caballo de Gonela; pues que días después dijo a Sancho: *Yo lo he sido de la mía (acabo de decir que cada uno es artífice de su ventura) pero no*

con la prudencia necesaria, y así me han salido al gallarín mis presunciones, pues debiera pensar que al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna *no podía resistir la flaqueza de Rocinante*. Así vuelve el buen caballero, en tan decisivo trance, a hechar de ver con verdad qué clase de bestia montaba; pero para que no se desmienta su noble condición cuando inmediatamente Sancho, llevado de su bellaca naturaleza, dice que, si no fuera por la falta que habría de hacer para el camino, también con las armas, debía dejarse colgado a Rocinante, Don Quijote replica lo siguiente: *Pues ni él ni las armas, porque no se diga que a buen servicio mal galardón*.

Y con esto, con arrollarlos a todos una piara de puercos y con hallarlo más flaco que el primer día los chiquillos de la aldea, a su regreso, se cierra la historia del buen jamelgo, tan digno de lástima y de estimación como su amo.

Con lo dicho, no es de esperarse que resultara bestia de buen andar. Ya le vimos galopar, sin embargo, contra los molinos de viento, y es lo curioso que siempre, en las veces primeras en que se trata de su andadura, esta no es tan poca como por los antecedentes pudiera presumirse.

Es verdad que en la primera ocasión el paso vivo de Rocinante se explica por sí mismo: Don Quijote llega a la venta, cuando su primera sa-

lida; y es ésta aquella vez en que se hizo armar caballero por el propio ventero, al que se presenta al lector con esta donosa advertencia: *hombre que por ser muy gordo era muy pacífico*. Después de una marcha de todo un día, cuando Don Quijote llega a la expuesta venta (que creyó castillo), *a poco trecho della detuvo las riendas a Rocinante, esperando que algún enano se pusiese entre las almenas a dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vió que se tardaban y que Rocinante se daba prisa por llegar a la caballeriza, se llegó a la puerta...*, etc. Al salir de la venta a la mañana siguiente, a hora tan temprano que la narración nos dice que *la del alba sería*, decidió el caballero volver a su casa, equiparse, según los consejos que le diera el ventero, y conseguirse el escudero indispensable. *Con este pensamiento guió a Rocinante hacia su aldea, el cual, casi conociendo la querencia, con tanta gana comenzó a caminar, que parecía que no ponía los pies en el suelo*. Que avivase el paso en estas dos ocasiones el rocín, es fácilmente explicable, por el motivo que a tal esfuerzo le llevara; pero ya no lo es tanto en otras oportunidades.

Por ejemplo, cuando, fenecida la pendencia con el vizcaino, Don Quijote se retira francamente vencedor, *hácelo a paso tirado* de su ca-

balgadura, tanto, que Sancho tiene que seguirle a todo trote de su jumento, a pesar de lo que, caminaba tanto Rocinante, que viéndose quedar atrás, le fué forzoso dar voces a su amo que se aguardase; y así mismo, cuando la aventura del cuerpo muerto, en que, al referirse la acometida del andante caballero a los enlutados, la historia dice así: *...y revolviéndose por lo demás, era de ver con la presteza que los acometía y desbarataba, que no parecía sino que en aquel instante le habían nacido alas a Rocinante, según andaba de lijero y orgulloso.*

En tres pasajes de la Primera Parte, sin embargo, aparece muy claramente, con referencia al andar, la condición poco recomendable de tal cabalgadura. Cuando, en la aventura de los batanes, Sancho le ata calladamente las patas delanteras, a fin de que su amo no acometa de noche la temerosa empresa, Don Quijote piensa, naturalmente, que Rocinante está encantado. Mas, cuando la mañana se acerca, lo desata el ladino escudero, y ocurre que, al verse libre, *aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió, y comenzó a dar manotadas, porque corvetas, con perdón suyo, nos las sabía hacer.*

Cuando Don Quijote, en Sierra Morena, vió por primera vez pasar a Cardenio cerca de él, roto y desecho, semi-desnudo, saltando de risco

en risco, se propuso alcanzarle, y aunque lo procuró, no pudo seguille, porque no era dado a la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y más siendo él de suyo pasicorto y flemático. Y al final de la Primera Parte, cuando la rara aventura de los disciplinantes, la acometida a éstos se cuenta con las siguientes palabras: ...y en diciendo esto apretó los muslos a Rocinante, porque espuelas no las tenía y a todo galope (porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia que jamás la diese Rocinante), se fué a encontrar con los disciplinantes. Aún así, el buen rocín ya llevaba deseo de quietarse un poco cuando su amo lo detuvo al llegar frente a la procesión.

- De tal regla se presenta, sin embargo, una excepción. En el momento del combate con el caballero de los Espejos, el caballo de éste, que no era más ligero ni de mejor parecer que Rocinante, y a todo su correr, que era un mediano trote, iba a encontrar a su enemigo. Este, que ya lo veía venir volando, arrimó reciamente las espuelas a las trasijadas ijadas de Rocinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la historia que esta sola vez se conoció haber corrido algo, que todas las demás siempre fueron trotes declarados. Y así queda definitivamente establecido el canijo andar de la sufrida bestia, que corre

pareja con su escasa resistencia y su fea catadura. Y no hay en todo esto, con lo antes dicho, contradicción esencial, porque de ese trote tan repetido no pasa el arranque del pobre animal contra los molinos de viento. Lo cual, considerado en conjunto, demuestra una gran debilidad física que, de tiempo en tiempo, saca fuerza de flaqueza y procura excederse a sí mismo en el servicio de su amo. El carácter excepcional de estos esfuerzos y el trabajo que cuestan a quien los hacen, dan la medida de su propio natural, que permanece muy presente a nuestro espíritu, precisamente en virtud de estos contrastes tan naturales y adecuados.



Con lo expuesto hasta aquí tenemos completo el aspecto físico del rocín. Bestia encanijada, toda huesos y pellejo de escasa resistencia y muy poco andar normal, ridícula de aspecto; pero sufrida como pocas, capaz de hacer esfuerzos requerida por su dueño, que acepta palos, pedradas y caídas sin resistirse luego, que jamás rehusa sus servicios, ora como bestia de silla (que es lo corriente), ora como bestia de carga, lo cual en varias ocasiones acontece.

Y si dejamos a un lado esas sus prendas fisi-

cas y pasamos a las morales, el carácter, porque tiene un carácter esa bestia, aparece confirmando cuanto hasta aquí observado queda.

Era, por lo pronto, tímido, de facto, lo que no se opone a la bondad, a la mansedumbre y a la buena inclinación, sino que, antes bien, muchas veces les hace compañía. Ya había demostrado tanto miedo como Sancho en la noche de los batanes. Cuando Don Quijote se encuentra con el carro de las Cortes de la muerte, después que el hombre vestido de diablo le explica quiénes ellos son, adónde van y por qué conservan sus disfraces, a tiempo en que el buen caballero reconoce que no hay aventura propia de andante caballería en todo ello (caso raro, en que queda tranquila y vencida su locura), aparece un sujeto con un disfraz de mojianga empuñando un palo en cuya punta atada estaban *tres vejigas de vaca hinchadas*, lleno él de cascabeles, el cual, *llegándose a Don Quijote, comenzó a esgrimir el palo y a sacudir el suelo con las vejigas, y a dar grandes saltos sonando los cascabeles, cuya mala visión así alborotó a Rocinante, que sin ser poderoso a detenerlo Don Quijote, tomando el freno entre los dientes, dió a correr por el campo con más ligereza que jamás prometieron los huesos de su anatomía*. Sancho, que consideró el peligro en que iba su amo de ser derribado, saltó del

rucio, y a toda prisa fué a valerle; pero cuando a él llegó, ya estaba en tierra, y junto a él Rocinante, *que con su amo vino al suelo: ordinario fin y paradero de las lozanías de Rocinante y de sus atrevimientos.*

A veces no parece darse cuenta de que su amo entra en batalla. Indiferente a sus hazañas, aprieta el paso y toma aquel famoso trote, sin llegar a carrera tendida, cuando le dan con las espuelas o de cualquier otro modo le aguijan. No obstante, el amo agradece sus servicios, como lo vimos al rechazar la idea de dejarlo colgado, con las armas, casi sugerida por Sancho, a pesar de haber declarado que a su flaca condición hay que atribuir esencialmente la sufrida derrota. Se le llama alguna vez, en el curso de la historia de las aventuras del andante caballero, el *buen Rocinante*; ¡y a fe que era bueno ciertamente el pobre rocin!

Ya vimos cómo al rucio amaba y cómo se acercaba a él en afectuosa actitud y compañía. Al encontrar en el bosque al caballero de los espejos y a su narigudo escudero, Don Quijote no está en condiciones de combate, sino de descanso; las dos cabalgaduras, la de él y la de Sancho, están sueltas y paciendo, y con motivo de su afectuosa actitud es que Cide Hamete Benengeli se entretiene en ponderar la amistad que en-

tre ambos había, en estos términos: *cuya amistad del (el rucio) y de Rocinante fué tan única y tan trabada, que hay fama por tradición de padres a hijos, que el autor desta verdadera historia hizo particulares capítulos della; más que por guardar la decencia y decoro que a tan heroica historia se debe, no los puso en ella, puesto que algunas veces se descuida deste su presupuesto y escribe que así como las dos bestias se juntaban acudían a rascarse el uno al otro, y después que estaban cansados y satisfechos de rascarse, cruzaba Rocinante el pescuezo sobre el cuello del rucio, que le sobraba de la otra parte más de media vara y mirando los dos atentamente al suelo, se solían estar de aquella manera tres días, o a lo menos todo el tiempo que les dejaba o no les compelia la hambre a buscar sustento. Y a tal efecto correspondía el asno, como se indica, de paso, al referirse la ingrata solución de la aventura del rebuzno, en que Sancho, aturdido por un garrotazo, es encaramado sobre su jumento apenas vuelto en sí, y le dejaron ir tras su amo, no porque él tuviese sentido para regirle, pero el rucio siguió las huellas de Rocinante sin el cual no se hallaba un punto. Y así constantemente se les ve reunidos y se les menciona como compañeros y amigos, paciendo juntos o bien juntos sufriendo contratiempos y penalidades.*

Este mismo cariño tenía la buena bestia por el amo, a quien jamás abandonara. Al terminar el ataque a los rebaños de carneros, sin embargo de haber pensado Don Quijote, ante la idea de la rica presa que iba a obtener de aquella batalla *que aún corre peligro Rocinante que no le trueque por otro*, el caballero se halla con toda la dentadura en tan mal estado, que tiene que llevarse una mano a la boca *porque no se le acabasen de salir los dientes*, mas como la otra asíó las riendas de su cabalgadura, la cual *nunca se había movido de junto a su amo (tal era de leal y bien acondicionado)*.

Ya lo vimos, triste y melancólico, al punto de parecer encantado, cuando su amo, cautivo en una jaula y custodiado por vestiglos, iba camino de su obscuro destino, en pleno encantamiento. Y entonces, cuando, constreñido por apremiante necesidad, ruega Don Quijote que le dejen salir un momento de la jaula, al serle esto concedido, lo primero que hace es irse a su caballo, darle dos palmadas en las ancas y decirle: *aún espero en Dios y su bendita Madre, flor y espejo de los caballos, que presto nos hemos de ver los dos cual deseamos, tú con tu señor a cuestras, y yo encima de ti ejercitando el oficio para el que Dios me echó al mundo.*

Y tal debía ser el deseo y propio sentimiento

de aquella buena bestia, como se hace palpable en otros pasajes de su historia, como el de la aventura del barco encantado, en el cual entraron señor y escudero, dejando atadas en la orilla sus respectivas cabalgaduras, y cuando Sancho se vió obra de dos varas dentro del río, comenzó a temblar, temiendo su perdición; pero ninguna cosa le dió más pena que oír roznar al rucio y el ver que Rocinante pugnaba por desatarse; y díjole a su señor: *el rucio rebuzna condolido de nuestra ausencia, y Rocinante procura ponerse en libertad para arrojarse tras nosotros.*

Y es que estaba hecho para la no desmentida lealtad y para sufrir mansamente los contratiempos que la fortuna le deparase, siempre al servicio de su dueño, siendo la paciencia su más saliente cualidad moral. Bien hubo de probar que le asistía cuando Meritornes dió a Don Quijote la más pesada broma que imaginar pudiera, cuando desde un alto ventanillo de la venta ató una mano al loco, pero buen caballero, el cual quedó en la situación que ahora se describe: *Estaba, pues, como se ha dicho, de pie sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero y atado de la muñeca al cerrojo de la puerta, con grandísimo temor y cuidado, que si Rocinante se desviaba a un cabo o a otro, había de quedar colgado del brazo, y así no osaba hacer movimiento alguno,*

puesto que de la paciencia y quietud de Rocinante bien se podía esperar que estaría sin moverse un siglo entero. Y así fué, que el buen rocín pasase en quietud absoluta toda la noche, y amaneció *melancólico y triste, con las orejas caídas, tal que parecía de leño,* sin que llegara a moverse hasta que hubo de acercarse a olerlo otro caballo, que montaba un caminante que, con otros tales, llegara al amanecer a la venta; ¡caso singular de paciencia, de quietud y de inmovilidad, característico del buen animal, seguramente no igualado, en trance alguno, por ninguno de su raza!

El día en que ocurrió la aventura de los disciplinantes, después que Don Quijote cayó derribado por aquel garrotazo que primero se creyó que lo había muerto y que lo incapacitó para volver a montar, hasta el punto de requerir él mismo a Sancho para que lo volviese a la jaula en la que iba encantado, Rocinante adopta una actitud pasiva, tal que de él se dice que *a todo lo que había visto estaba con tanta paciencia como su amo.*

Ya, cuando apaleado, y molido por los yan-güeses, con el amo y el escudero, esta vez por su culpa, se halla derribado, es él quien parece más descalabrado y más sin fuerza, pues que Don Quijote y Sancho se levantan primero y aquél dice a éste: *Déjate deso, y saca fuerzas de flaque-*

za. *Sancho, respondió Don Quijote, que así haré yo, y veamos cómo está Rocinante, que a lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia.* Y Sancho tuvo que levantarlo, hallándolo en tal estado, que hubo que llevarlo de reata, cabalgando Don Quijote sobre el rucio, echando él tan sólo de menos el no tener lengua con qué quejarse, porque si la tuviera *a buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga.*

Tan quieto y sufrido animal debía, naturalmente, ser comedido y pacato, y aun cuando tal comedimiento y mesura de ánimo y conducta nunca se mencionan expresamente de un modo directo, ello resulta evidente de cuanto se habla de Rocinante en la donosa novela; en la cual el sutil ingenio de su autor se valió del procedimiento contrario al que pareciera natural y directo para hacerlo ver, empleando, con insuperable gracia, el camino de hacer resaltar ese rasgo de carácter, pintando su más inesperada y cabal excepción.

En el capítulo XV de la Primera Parte, una vez despedido Don Quijote de los que enterraron al pastor Crisóstomo, *él y su escudero se entraron por el mismo bosque donde vieron que se había entrado la pastora Marcela, y al fin vinieron a un prado de fresca yerba por el cual un manso arroyo corría. Allí comieron y dejaron en*

libertad a sus cabalgaduras, para que lo mismo hiciesen; y he ahí que tal día, que comenzaba arcádica y deliciosamente, acabó por ser el de la más desdichada de sus aventuras, en virtud de la más inesperada de las causas. Cedamos la palabra al autor: «No se había curado Sancho de echar sueltas a Rocinante (lo que una nota de mi edición declara que *es poner una especie de trabas en las manos de las caballerías cuando se las deja sueltas*) seguro de que le conocía por tan manso y tan poco rijoso que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieron tomar mal siniestro. Ordenó, pues, la suerte y el diablo, que no todas las veces duerme, que andaban por aquel valle paciendo una manada de hacas galicianas de unos arrieros yangüeses, de los cuales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de yerba y agua, y aquel donde acertó hallarse Don Quijote era muy al propósito de los yangüeses. Sucedió, pues, que a Rocinante le vino en deseo de refocilarse con las señoras hacas, y saliendo así como las odió de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia a su dueño, tomó un trotillo algo picadillo y se fué a comunicar su necesidad con ellas; mas ellas, que a lo que pareció debían de tener más ganas de pacer que de él, recibieronle con las herraduras y con los dientes, de tal manera, que

a poco espacio se le rompieron las cinchas y quedó sin silla en pelota; pero lo que él debió más de sentir fué que viendo los arrieros la fuerza que a sus yeguas se les hacía, acudieron con estacas y tantos palos le dieron, que le derribaron mal parado en el suelo.»

La escena tiene más de humano que de cosa a animales relativa. Se figura uno ver al varón ridículo de quien nadie espera que emprenda galanteos, porque se lo vedan los años, su estampa, su oficio, carácter y antecedentes de vida y costumbres que inesperadamente comienza a hacer el amor a una muchacha fresca y hermosa, en la flor de su juventud y su belleza. Esta le recibe, poco más o menos, como las yeguas recibieron a Rocinante, descartado el empleo de dientes y herraduras, que son los toques necesarios para referir escena tan supinamente humana al terreno de la animalidad en que se desenvuelve; y cuantos saben del suceso se maravillan y espantan de que tal persona, de tal carácter y de tales antecedentes, haya acometido empresa tan fuera de propósito y de estación; y por ser ella tan excepcional e inesperada, despierta generales comentarios y queda en la memoria de todos, y siempre se recuerda, y acompaña al héroe de la historia por largos años y por su vida entera; y es más, que su condición

impropia para aquella empresa abortada, resulta palpable y evidente en virtud de ella, más aún de cuantas veces hubo de manifestarse directamente, por acciones en consonancia con el temperamento que, de un modo natural, hubo de producirlos. Si alguna vez pudo con razón decirse que la excepción, por ser tal, confirma la regla, tal vez fué ésta.

Y nada falta al episodio de sus caracteres humanos antes indicados, porque nada de cuanto se refiere a Rocinante queda tan persistente en el recuerdo de los que lo presenciaron o de ello supieron, siquiera fuese de referencia; porque en pasajes distintos del regocijado libro que le recuerda del modo más preciso. Verdad es que los acontecimientos sobrevenidos no fueron para olvidarse por los que de ellos participaron. A Don Quijote, naturalmente, se le ocurre vengar el agravio hecho a su caballo en sus mismas barbas, decide acometer a los arrieros, y, por ser estos gente soez y de baja ralea, dice a Sancho que puede y debe prestarle ayuda conforme a las reglas de la caballería andante. El buen sentido de Sancho le lleva a observar que ellos no son sino dos y muchos los contrarios; pero Don Quijote le contesta: *Yo valgo por ciento; y acomete. Sancho le sigue; y llevan los dos la paliza más cumplida que nunca recibieron, de*

las no escasas que cuenta su historia. Don Quijote está caído a los pies de Rocinante, Sancho un poco más allá; los yangüeses se marchan con su recua precipitadamente. Sancho entonces llama con voz doliente a su amo para pedirle un poco del bálsamo de Fierabrás. No le tiene el caballero, y se sigue el más donoso diálogo quizá de todo el libro, durante el cual Sancho declara su propósito de no poner nunca más mano a la espada, ni contra villano ni contra caballero, *y que desde aquí para adelante (agrega) de Dios perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho, o haga, o haya de hacer persona alta o baja, rico o pobre, hidalgo o pechero, sin aceptar estado ni condición alguna.* La réplica de Don Quijote es lo que de él pudiera esperarse; pero, al fin, Sancho dice que *mejor está para bizmas que para pláticas*, y agrega: «Mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudaremos a Rocinante *aunque no lo merece* porque él fué la causa principal de todo este molimiento.» Y para subrayar el carácter propio del rocín y cuán excepcional e inesperada fué su conducta, Sancho agrega: «jamás tal creí de Rocinante, que le tenía por persona casta y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen que es menester mucho tiempo para venir a conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida.»

El hecho, como antes se dice, jamás fué olvidado. Allá en la Segunda Parte, Cervantes habla de la primera, llega a noticias de Don Quijote que se ha publicado su historia, que es leída por muchísimas gentes con encanto y regocijo, de lo que mucho se huelga, aunque se desconsuela pensando que era moro el autor de tal libro; y como procurase conocerle y conocer así mismo la impresión que producía en el público, hace llamar al Bachiller Sansón Carrasco, hombre a propósito para el caso, y de él inquiere lo que saber quería. El artificio conduce a Cervantes a defender su obra con mordaces, aunque no airadas, alusiones a la apócrifa Segunda Parte del enigmático *Licenciado Avellaneda*, uno de los más bien guardados incógnitos de la historia, cuya identidad es problema aún pendiente y debate abierto todavía. Favorece tal artificio el hecho conocido de que entre la publicación de la primera y la de la segunda parte mediaron años, lapso de tiempo que aprovechó el supuesto Avellaneda para publicar su libro. En el curso de la conversación, recordando los acaecidos sucesos de sus anteriores caballerías, pregunta Don Quijote si los cuenta el libro de que el bachiller le habla, y cómo; he aquí que Sancho salta con esta donosa pregunta: «Dígame, señor bachiller, ¿entra ahí la aventura de

los yangüeses, cuando a nuestro buen Rocinante *se le antojó pedir cotufas en el golfo?* Y aún al final del *Buscapié*, cuando el caballo del bachiller que en él figura, cuyo caballo es una réplica de Rocinante mismo, se acerca a una mula con las propias intenciones que el otro tuvo acerca de las yeguas de los yangüeses, y la mula lo recibe como una verdadera Lucrecia, de nuevo el suceso se recuerda. Y es que no podía olvidarse, porque él por su extrañeza y carácter desusado, choca e impresiona fuertemente, ya que no sorprende y casi ni se advierte que ocurra lo esperado, siendo lo inesperado lo que afecta nuestro espíritu con mayores bríos y mayor fuerza y origina en él una más fuerte y duradera impresión.

Tal es, con todos sus rasgos distintivos y característicos, este singular *personaje* de la novela inmortal. Tiene, como su amo, mucho de ridículo; pero también, como el amo, tiene mucho de noble y de estimable. Ambos son flacos, escaálidos, sin fuerzas para la empresa que acometen. Ambos están vistos por el propio protagonista y héroe epónimo (que pudiera decirse) del libro, a través del mismo cristal; porque Don Quijote cree en su pujanza irresistible y en la fuerza de su brazo como cree en la excelencia de su caballo. Las más peligrosas aventuras se le

antojan hechas para él y exactamente a su medida. Análoga opinión tiene de su cabalgadura; y tanto la estima, que considera como un colmo, propio para dar idea de la rica presa de corceles que espera alcanzar, cuando acomete al ejército enemigo de Pentapolín, el decir que *aún Rocinante corre peligro de que le trueque por otro*. Como el amo es mesurado y casto (cualidad esta que, por contraste, resulta más que nunca en el día excepcional en que quiso dejar de serlo). Ambos son pacientes y sufridos. Como Don Quijote, en el fondo de su alma, siente por Sancho un afecto un si es no es paternal, Rocinante tiene cariño al rucio como seguramente lo tiene al amo, sin que se advierta que, en grado semejante, lo tenga por Sancho. Al amo sigue, sin resistencia alguna, a todas las locas empresas a que quiere llevarlo, aunque saber debe que de ellas no ha de sacar sino palizas. En esta virtud de la fidelidad sincera y constante, tal vez no le iguale criatura alguna, ni real, ni imaginada por la fantasía literaria. Desde luego que, en este sentido, es superior a Sancho. No cabe negar que éste tiene afecto al Caballero de la Triste Figura, pero su servicialidad sufre excepciones, a veces se burla de él; a veces resiste; una ocasión hasta lucha brazo a brazo y a amenazar llega cuando Don Quijote trata, por sorpresa, de apli-

carle alguno de aquellos azotes que han de desencantar a Dulcinea.

Y de todos es Rocinante el más desinteresado, que, al cabo, su amo vive en un mundo irreal, imaginario y fantástico, de empresas heroicas, de gloria que ha de alcanzar, de victorias que harán imperecedera su fama; lleno de tales imaginaciones que en las ventas ve castillos, en los venteros alcaides de nobles fortalezas, princesas en estas o aquellas labradoras y tiene por real y efectivo lo que soñó en la cueva de Montesinos; mundo surcado por encantadoras y por vestiglos, llenos de gigantes cuyas cabezas ha de cortar, de hermosas cautivas a quienes ha de proteger y redimir; y ¿qué es, ni qué supone, la dura realidad, frente a un panorama tan rico, hijo de una más rica y dislocada fantasía?

Sancho, por su parte, participa de aquellas ilusiones; cree a pie juntillas que su amo llegará a ser rey o emperador y que entonces, o aún sin serlo, lo hará conde por lo menos o le dará a a gobernar una insula. Y aún cuando llegó a tal gobierno, si bien de un modo grotesco, y de él quedó escarmentado, hasta tal punto que dijo a don Antonio Moreno, que preguntaba, sorprendido, si había sido Sancho gobernador, esta frase profunda, que me produjo, por motivos personales, honda impresión al releerla: *Sí, y de una*

ínsula llamada la Barataria. Diez días la goberné a pedir de boca: en ellos perdí el sosiego y aprendí a despreciar todos los gobiernos del mundo. Y a pesar de ello quedó en su espíritu un resto de ilusión, y preguntó inconti nenti a la cabeza mágica del propio don Antonio, si llegaría a tener otro gobierno; y aún duélese del vencimiento de su señor por el caballero de la Blanca Luna, entre otras cosas, porque con el tal vencimiento y las condiciones del combate que lo acarreará, disípanse sus esperanzas y conviértense en humo las nuevas promesas de Don Quijote, sin advertir que humo habían sido siempre, y que de tal humo llena estaba impenitentemente su cabeza.

Con tales esperanzas en el corazón y tales fantasmagorías en el caletre, puédense soportar ayunos y vigiliás, noches al raso, palizas y toda clase de contratiempos; pero sin eso, sin esperanzas y sin ilusiones, la pobre bestia, dócil y sufrida, ofrece su lomo al héroe de tanta aventura absurda, y, con él cargado va de acá para allá, soportando su peso y participando sin otro horizonte que el de que el buen caballero le cargue con la culpa de sus vencimientos, y Sancho casi proponga colgarlo, proposición que no llega a hacer en serio, sólo por la necesidad que del mismo tiene en el camino de su derrota y reti-

ro. Mansa y bondadosa criatura de la cual nos queda un recuerdo más bien melancólico que regocijado, como nos queda al fin, de todo el libro en que su figura aparece, con aquellas otras inmortales del caballero que en él cabalga y del escudero que lo cincha y lo suelta alternativamente, según el caso.

Fiel trasunto de su padre espiritual, la nota que en él domina es seguramente ésta de la resignación melancólica. La última vez que se le menciona es para que lo veamos, como lo hallaron los chicos de la aldea: más flaco entonces que el primer día. Y suponemos que muriera de consunción y de tristeza, olvidado, sin que de él cuidase nadie, poco más o menos como hubo de morir el hombre que manejó aquella pluma extraordinaria que Cide Hamete dejó colgada de una espetera, para que en ésta quedase luengos siglos y aún en la espetera está.

¡Singular carácter y tristísima vida, los de Miguel de Cervantes Saavedra! Dado le fué soportar todas las durezas de la existencia humana, así las que quebrantan el cuerpo, como las que afligen y amargan el espíritu; y sin embargo, su espíritu debió de quedar afligido, pero seguramente, no quedó amargado. En la larga historia de las aventuras del hidalgo manchego se pasa una revista muy completa de la Comedia Humana, y

aunque muchas de sus escenas son zaheridas, con toda justicia, nunca la hiel de la amargura emponzoña aquella pluma que se mueve siempre a impulsos de una mansa ironía sin veneno. Debíó ser la suya un alma nobilísima, en verdad, tanto como fué desdichada; y quizá sea el timbre mayor de su gloria el que vacilemos en decidir cuál de sus dos grandezas a la otra supera, si la intelectual o la moral.

Esta grandeza moral aparece bajo una luz singular en Argel, cuando Cervantes, sorprendido siempre en sus planes de fuga con otros cautivos, se confiesa repetidamente culpable, y el único culpable, ante sus señores, corriendo con ello todos los riesgos, pero alejando de éstos a sus tristes compañeros de cautiverio. Y así mismo resplandece en el Prólogo de la Segunda Parte del Quijote, en la serena y mesurada respuesta que allí da a las innobles bellaquerías del *Licenciado Avellaneda*.

Pero es tiempo ya de poner fin a estos discursos. En un trabajo como este, ocasionado como lo fué por el recuerdo del día en que desapareció del mundo el que escribiera un libro como aquel cuyas páginas inspiran estos renglones, no es menester entrar en apreciaciones generales que otros han hecho ya, con mejor pluma y más completo estudio. Más sencillo fué mi propósito

al componerlo, propósito ya declarado anteriormente. Sea él modesto testimonio de una admiración ilimitada, tanto como es limitada la ofrenda. Y ante la imagen, que todos tenemos en el espíritu, de aquel que, como otros genios semejantes, confió en la posteridad para ser apreciado y se resignó a no recoger de sus contemporáneos el galardón que le era debido, sea licito a todo el que quiera hacerlo, depositar su ofrenda, la cual ha de tener dos medidas: una, la que sirva para apreciar su mérito intrínseco; otra, la que estime y aprecie la intención con que se le trae y se la ofrece, la buena voluntad con que se la aporta y el acto de reverencia que el acarrearla supone. Si la primera medida resulta en mi perjuicio, como lo temo, ruego a quien esto haya oído que atienda a la segunda, que habrá de redimir la molestia que pueda haber causado con una disertación ciertamente más extensa que lo que pensaba cuando tomé la pluma para comenzar. Y aquí acabemos, no digamos más encomios en honor de la memoria del que creó la figura inolvidable del buen rocín que nos ha entretenido, que él nos ha menester, ni a oírlos era dado siquiera; no sea que se nos aparezca en espíritu o fantasma, y nos diga, como dijo, en los últimos días de su vida, a aquel *estudiante pardal* a quien halló en el camino de Esquivias a Madrid,

al oírse por el mismo ensalzar de un modo que juzgó exagerado: «Ese es un error, donde han caído muchos aficionados ignorantes. Yo, señor, soy Cervantes; pero no el regocijo de las Musas, ni ninguna de las demás baratijas que ha dicho vuesa merced.» Frase inspirada por la más alta y noble modestia, tan propia de quien la pronunciara, que parecemos oírle, al leerla, y ver al par los rasgos tristes, severos y nobles de su fisonomía, iluminados por una sonrisa, al mismo tiempo melancólica y bondadosamente irónica; lleno él de piedad por quien dijera una majadería, de agradecimiento por quien le demostrara afecto y del firme propósito de no disimular, sin la debida advertencia, lo inadecuado, de la adulación, siquiera la inspirasen la devoción y la simpatía.

No debía hallarse, en efecto, en aquellos momentos para cortesías y halagos el viejo soldado de Lepanto. En la conversación que subsigue entre él y el estudiante, su admirador, el bondadoso hidalgo se declara ya muy enfermo, y, queriendo, sin duda, quitar todo dejo amargo a su réplica a los elogios de su entusiasta, le dijo: «En fuerte punto ha llegado vuesa merced a conocerme, pues no me queda espacio para mostrarme agradecido a la voluntad que vuesa merced me ha mostrado.» Sentíase, en efecto, morir.

Pocos días después escribía aquella triste y famosa dedicatoria, al Conde de Lemos, de la obra en cuyo prólogo se encuentra la anterior anécdota, y que comenzaba con el inicio de unas *antiguas coplas*, muy conocidas:

*«Puesto ya el pie en el estribo,
con las ansias de la muerte,
gran Señor, ésta te escribo.»*

En 23 de abril de 1616, en efecto, murió. En el día mismo en que acabé de escribir estos renglones, en 23 de abril de 1916, hizo trescientos años justos de su muerte. No tuvo que amenazar con maldición alguna (como su gran contemporáneo Shakespeare) al que removiera sus huesos. Estos descansan en paz absoluta, en la completa paz de lo ignorado hace tres siglos. Es posible que pluma mejor no haya sido manejada por mano de hombre; pero es más posible, quizá, que alma mejor no hubo de hospedarse nunca en un pobre cuerpo humano.

J. A. GONZÁLEZ LANUZA

Primaveras ficticias.

I

El Zar iba a llegar a París, y por motivos de alianzas estratégicas, querían obsequiarle con fiestas realmente extraordinarias.

A aquel hombre de nieve, más que banquetes y revistas, más que arcos triunfales y carreras de caballos, lo que había de conmoverle y halagarle sería, sin duda, una buena Primavera.

Allá en Rusia el fresco verdor debía de durar pocos días; las flores, apenas nacidas, debían de marchitarse; la nieve lo mataba todo. Así es que un buen paisaje florido, un revuelo de flores desenvolviéndose en las ramas, tenía que entusiasmarle. Pero era el caso que justamente aquellos árboles que estaban enringlerados por los paseos y avenidas, con una lamentable falta de patriotismo, no tenían más que nervios, troncos enju-

tos sin hojas ni señal de que brotasen, y ni con bandos ni con decretos del Presidente de la República se les podía mandar que apresurasen la floración, para bien del pueblo francés.

En otros tiempos se hubieran visto apurados: pero hoy, con todo eso del progreso, con los adelantos que proporciona la industria, no había por qué apesadumbrarse. ¿Que no tenemos Primavera y nos conviene que la haya? Pues la haremos artificial. ¿Que no florecen los árboles? Hacemos flores de papel. ¿Que tampoco tienen hojas? Máquinas tenemos para recortarlas, gente para ir las pegando, y dineros y paciencia y papanatas a quienes parecerá muy natural, y que prorrumpirán en alabanzas de la nueva Primavera fabricada de encargo.

¡No faltaría sino que al final del siglo XIX hubiese que estar esperando la calma desoladora que gasta la Naturaleza! Pusieron manos a la obra, arrojaron a las tinas todo el papel de París, hicieron millones de flores, y a lo largo de los campos Elíseos, pegándola en los árboles, se produjo una florecencia tal, que si mayo se hubiese presentado de repente, no habría encontrado una ramita para hacer nacer en ella una hoja, ni un botón para plantar en él una florecilla.

Flores de almendro injertas en los plátanos, rosas de té pegadas en los tilos, gardenias en los

castaños silvestres... y así por todo lo largo del paseo disfrazaron los árboles con tal derroche de colores, los vistieron de tal modo, que aquello fué el triunfo del progreso material, una lección bien dada a la calma impertinente de las cuatro estaciones, que todos los años hacen lo mismo; un castigo oportunamente dado a los árboles del paseo, enseñándoles a florecer cuando conviene a la patria y cuando el pueblo lo manda con su gran soberanía.

Aquello fué la Primavera moderna; aquello era la conquista del siglo que se acababa esperando uno mejor; aquello henchía de orgullo a los que cantaban estrofas a los adelantos materiales. Mas ¡ay, pobre gente! no contaban con las leyes de la Naturaleza, con el hermosísimo desprecio de la obra *maravillosa*, que destruye inconsciente cuanto hacen las hormigas.

Y ¡quién había de decirlo! ¡Llovió!

Llovió, y las flores se destiñeron, y churreteando colores tronco abajo de aquellos árboles tan engalanados, tiñeron de adhilinas todo el hermoso follaje. Las flores precian grumos de engrudo; las rosas pegadas a las ramas, sudaban barniz turbio; la blanca flor de almendro se había embarrado de fango; las gardenias de trapo parecían cintajos que vendaban las heridas de los troncos, y por todas partes chorreaban aque-

llos cachos de papel de las vanidades de un día.

A la noche, los arroyos arrastraban pasta de flores, los coches los aplastaban, y los traperos, con la horquilla en las manos, iban llenando el saco y llevándose los despojos de aquella gran Primavera fingida por los hombres.

II

Primavera tan florida nunca la ví cual la de un pueblecillo de Mallorca, blanco como un cisne, con un dosel azul por cielo y un ancho mar por alfombra.

Al abrir los balcones por la mañana, un aroma exquisito subía de la llanura; todo el pueblo olía bien, y un perfume de frescor virginal, de flor abierta, de prado florido y de alborada embriagaba los sentidos. Tras las tapias, un desbordamiento de blanco resaltaba sobre el azul: blanco rosáceo, blanco verdoso, blanco crema, blanco irisado de violeta; todos los matices del blanco formando ramilletes hermosísimos y no dejando sitio a las hojas; todas las formas de flores, amontonadas, medio abiertas, reventonas, en ramilletes, en ringlas extendidas, hasta derramarse en el mar; todos los caminos alfombrados por una nevada olorosa; todos los arroyue-

los centelleantes; todo el valle adornado; todo un bosque de Primavera que estallaba a la vez como una erupción de vida.

Nunca la tierra se había vestido de novia como en aquel blanco pueblecillo; nunca el mar había visto a su vera un jardín de tal hermosura; nunca las abejas ni las mariposas tuvieron tantos olores que gozar, ni casa mejor vestida para cobijarse los pajarillos, ni perspectiva más bella para la mirada del hombre.

¡Y qué feliz debía ser la vida allí!—pensaba, sin duda, el caminante contemplando aquella gran fiesta—. ¡Y qué felices y ligeras debían de resbalar las horas bajo aquel techo hermoso! ¡Y qué paraíso de ensueño, qué tibio escondijo para no moverse de él nunca!—pensaba yo contemplando aquel paisaje.

Mas ¡ay! allí en el mar, sobre aquellas ondas de tan soberano azul, casi como quien dice mismamente debajo de las ramas que se columpiaban al peso de la vida de tanta blancura espléndida, había una nave gris, una nave fatídica; una nave cárdena, toda llena de emigrantes, pero que aún no tenía demasiados y venía a buscar más, a sacar otros y otros de aquel nido de pluma blanca y llevárselos más allá de las olas, donde la nieve no era de flores, donde no había Primavera.

¿Adónde iban aquellos hombres dejando el olor de la patria para subir en unos maderos que sudaban pobreza y alquitrán? ¿Qué iban a buscar detrás del oleaje? ¿Qué encontrarían allá lejos en aquellos pueblos modernos, levantados como casas de baños para limpiarse la miseria; ciudades plantadas de nuevo con calles enumeradas, con árboles sin savia, con hombres extranjeros? ¿Qué encontrarían allá lejos entre el vaho de humareda que ennegrecía la Primavera, o en el corazón de la tierra negra de carbón de piedra, o entre aquel tumulto de máquinas y escalofríos de angustias y empujones de los hombres para hacerse un lugar en la mesa de la vida miserable? ¿Qué canciones cantarían en aquel país donde la fuente de poesía estaba enjuta? ¿Cómo podrían rezar en templos de alquiler? ¿Dónde serían enterrados si morían en aquellos países prácticos donde los muertos tanto estorban? ¿Dónde volverían a ver el blancor de Primavera que dejaban al partir?

¡Oh mísera humanidad!—pensé—. Allí donde no tienes Primavera, la crías en una estufa, la haces artificial, la imitas y la disfrazas. Allí donde los hombres la ensueñan, y la envidian, y la esperan afanosos, allí pasa perseguida por el Invierno que la hace suya, y donde la tienen... emigran.

¿De qué sirve la Naturaleza? ¿Por qué hay flores para cada hombre y no frutos para todos? ¿Por qué gozar la esperanza, por qué respirar el aroma, si en llegando la hora de la vida y de coger la promesa, para vivir es menester huir a desoladoras tierras? ¿Por qué la nieve del Invierno mata a los miserables pobres, y por qué no les da vida la nieve de la Primavera?

¡Qué triste es que el cuerpo del hombre no se nutra de belleza como se nutre el espíritu, y tener que dejar la patria porque no da para vivir!

SANTIAGO RUSIÑOL

A DARÍO

Padre Rubén, maestro cuya lira armoniosa
supo toda la gama sutil y misteriosa
del verso alado y musical;
que llevaba en sus cuerdas no escuchadas
canciones,
prosas profanas y místicas oraciones
en connubio sentimental.

Poeta entre poetas, maestro de maestros,
privilegiado numen entre fúlgidos estros,
esclarecido rimador,
por ti el viejo romance luce con nuevo brillo,
la gesta del trovero y el culto caramillo
cobran mirífico esplendor.

Por ti el imperio vasto del grande Moctezuma
revive tradiciones de fiereza, tu pluma
las lleva a lejano confín,

y en las notas guerreras de tu pífano heroico,
resalta más el gesto despectivo y estoico
del muy noble Cuauhtemotzín.

Oh sagrado aborígen, tu caracol bronceo
sugiere no el acanto, ni el laurel apolíneo
para tu frente de inmortal:
que huyan las canéforas; se esconda el coro
trágico,
y llegue el hierofante con el penacho mágico
hecho de plumas de quetzal.

Ancianos nobilísimos, en la calma nocturna,
circunden reverentes tu cineraria urna
cantando estrofas de loor,
y núbiles doncellas, agitando ayacaxtles,
tejan vistosas danzas mientras los teponaxtles
acallan su sordo fragor.

Lentamente desfile la sombría cohorte
de poetas, y en duelo cada uno te aporte
su lira rota, paladín,
y si curioso Pan en el contorno acecha,
Tezcatlipoca lance tal mortífera flecha
que a sus desmanes ponga fin...

Y huya el hijo de Dríope buscando a las
Castálidas...

por sus carnes seniles, temblorosas y pálidas
corre calosfrío letal,
y lleva en las pupilas, como visión caótica,
los símbolos de nueva mitología exótica
en pugna con Hades fatal;

mas en vano recorre, tal espectro noctívago,
los ámbitos del bosque rumoroso y undívago
lanzando gritos de dolor,
por doquiera descubren sus ojos cadavéricos,
una sombra gigante, de perfiles homéricos,
que fulge como resplandor.

CARLOS BARRERA

Cristiania, 6 de octubre de 1916

NOTAS DE VIAJE

Una noche toledana.

Por el ventanillo del tren en marcha, miro el obscurecimiento del paisaje. Poco a poco, van saliendo, blancas y tímidas, las estrellas. De pronto, la locomotora se ha detenido. Una voz plañidera grita: *¡Algodor! ¡Un minuto!* Luego, seguimos caminando con rapidez. Yo sigo en mis silenciosas contemplaciones.

Una larga y lívida franja, deshilvanándose en el azul sombrío del horizonte, sirve de fondo a un caprichoso dibujo en tinta china: diríase una mancha negra que, caída en una orla de seda violeta, se expandiese en múltiples y raros perfiles. En la sombra amarillenta de la llanura castellana, por la cual ha comenzado a palpitar una que otra centellita de candil rústico, esta fantasmagoría que se desvanece en el término re-

moto, me recuerda lecturas hace tiempo olvidadas: versos de poemas románticos; descripciones de novelas por entregas.

Lo que de niño me hicieron soñar los libros he aquí que, en la madurez cansada de mi vida, me lo da la realidad para entretenerme como en aquellos días felices. La silueta negra sobre el friso semiapagado del crepúsculo, revuelve en mi cerebro lejanas memorias. Yo estuve allí muchas veces, muchas, mientras, a hurtadillas, en la banca de la escuela, o en algún rincón de mi casa, devoraban mis ojos los cuentos de milagrería que llenaron mi adolescencia de maravilla y pasmo.

Ya nada veo más que sombra abajo y astros arriba. Y cuando menos lo pienso, el tren se detiene por última vez. ¡*Toledo!* Los pasajeros se ponen de pie y se apresuran a bajar. Me enfundo en el gabán, tomo la maletilla, y ¡andando! Entro en la estación; busco el carro de un hotel; subo, con otros tres o cuatro viajeros, en la incómoda diligencia, y me preparo a continuar en mi divertida y muda contemplación. No quiero darlo a conocer, pero la verdad es que me siento no sólo curioso, sino emocionado. Se me remueven, hervorosamente, las añoranzas. Suena el látigo del cochero: los animales de tiro emprenden su ruidoso trote. El coche se bambolea y

cruje. Ya vamos atravesando el puente de Alcántara; una torre maciza, de gris aperlado por el fulgor de la noche, nos abre, al fin del puente, su puerta oscura y blasonada. Pasamos. El camino, angosto, va, cuesta arriba, haciendo curvas amplias. Hacia un lado, el de afuera, el presitel de piedra del precipicio; por el otro lado, el interior, pedazos de muralla, altos paredones, gruesas mamposterías, por los que, de trecho en trecho, sale el disco blanco de una pantalla, en cuyo centro brilla la ampolla de oro de un anacrónico foco eléctrico. A pesar del ruido de la diligencia, se oye la voz del río que corre invisible, en el fondo de la escarpadura. Abajo, en el campo, veo cómo se extiende el caserío, todo sembrado de luces inmóviles. A lo lejos, se distingue que, ascendiendo nuevamente el suelo, forma el suave declive de una colina moteada de follajes oscuros. Del cielo, pálido y limpio, cae, profusamente, la lluvia de plata de la luna. Pasamos junto a otra puerta morisca, fileteada de luz en la gigantesca herradura de su clavo, y más arriba, en los dientes de sus almenas. El coche sube por la calzada de recio empedrado. Mis ojos, incansables y asombrados, beben misterio. La sombra y las ruinas, la noche y los muros, diseñan, en claro-oscuro, una fantástica decoración. Vuelvo la cabeza, para darme cuenta

del trecho recorrido, y alcanzo a ver todavía los arcos del Puente de Alcántara, y bajo ellos la cinta rutilante del río, y en un extremo, la masa de contornos precisos, de un castillo. Lo reconozco; me acuerdo de las viejas láminas que me lo enseñaron; es la secular atalaya de San Servando, asilo de los monjes de Cluny; morada de los Templarios. Flanqueamos un jardín solitario que es un alto miradero que domina el panorama argentado. Penetramos por callejuelas torcidas y negras, muy escasamente alumbradas. En ellas entra la diligencia con la exactitud de una alhaja en su estuche, de una espada en su vaina. Si sacáramos una mano tocaríamos las casas. En una plazuela poligonal, que parece el hueco que dejó un prisma enorme, está el hotel. Allí, casi a tientas, bajamos a pedir hospedaje. El interior, bien iluminado, contrasta con la plaza tenebrosa. Escojo mi habitación con vista a un callejoncito que es como un estrecho listón de terciopelo negro, en el que fulgura una sola lentejuela: la claridad ocre de un farol pavoroso.



He salido a pasear sin rumbo. Fui, primero, en busca de luz. Ruando por cinco o seis callejas, la hallé. Hallé la luz en los lugares que son

comunes a todo pueblo moderno; en los escaparates de las tiendas, en los salones de los cafés, en los paseos, en la irregular y vasta plaza del Zocodover, en la calle principal por donde todavía iban y venían las señoritas toledanas.

Quien ha vivido la existencia lugareña, monótona, uniforme, maliciosilla y cansona, con su amor platónico, su chisme del día, su rencor escondido, sus sanas y devotas costumbres, y su maledicencia, susurrante, recordará todo eso si sale, como yo, a ver, en Toledo, a las nueve de la noche, las tiendas de la calle del Comercio y los cafés de la plaza del Zocodover. La burguesa mediocridad provinciana en su simpático aspecto de sencilla tranquilidad.

Me voy deteniendo para matar el tiempo, frente a los cristales de los aparadores: ropa, zapatos, quincalla... Las mismas mercancías de cualquier parte, dispuestas de igual manera, para idénticas necesidades. Mas, de aparador en aparador, voy sorprendiendo peculiaridades que me obligan a pensar en el carácter de la ciudad que visito. Los escaparates de las tiendas son también reveladores para quien sabe estudiarlos y comprenderlos. Suelen mostrar lo que esconden las casas y callan las bocas. Enseñan las tendencias de las gentes que pasan, sus gustos, sus modos de vivir, sus cualidades y defectos. Ver mu-

cho los aparadores, verlos con atención y con intención, en una ciudad que no se conoce, es prepararse a comprender la sociedad y sus costumbres.

Y en estas viejas urbes que viven de su pasado legendario, de su grandeza monumental y remota, de su celebridad fabulosa, de sus ruinas, el escaparate, es, a veces, como un voceador de mercadería para el viajero; la leyenda, la grandeza, la fábula se abajan y entran en charlatanerías y falsificaciones de buhonero.

Sí tiene Toledo aparadores característicos en su mejor y más concurrida vía; dos, cinco, diez. Dominan sobre el conjunto de la vulgaridad. Allí están: dentro de su paralelogramo de cristal, cada uno de ellos es una exposición deslumbrante: éste, es un anaquel de santos; el otro, un puesto de cacharros azules; el de más allá, una armería. Esculturillas y estampas sagradas, aquí; adelante, cantarillos y vasos de loza de Talavera de la Reina; y, por todas partes, hojas de acero refulgente, espadas, puñales, navajas, con inscripciones y diseños repujados, damasquinados puños, cofrecitos y joyeros de atauja primorosa, pequeñas ánforas sobre cuyas formas pavonadas, se entretejen los hilos de oro, en dibujos intrincados y sutiles...

Al contemplar estas chucherías encantadoras,

y estas blancas espadas, y estos puñales de cubierta afiligranada, sentí el hechizo de la fantástica Toledo, goda, moruna, judaica, la Toledo de los romances viejos, de las crónicas misteriosas, de los orientales placeres, de las devotas austeridades, de los heroísmos asombrosos, de las tumultuosas tragedias, de las aventuras de retablo y encrucijada, de los amores de reja y desafío, de la Toledo de espada y de puñal, de ánfora y joyero, de vajilla de Talavera, y de santas y policromadas esculturas.

Aquí, en los escaparates, aunque rebajada y modernizada, la encuentro. Pero quiero verla en el ambiente; revivirla en el recuerdo; vivirla en la imaginación y la evocación.



Estoy sentado en el zócalo de piedra que rodea el centro de la plaza del Zocodover. El reloj, que brilla, como un ojo bilioso, en lo alto del arco de la Sangre, acaba de sonar, con sus campanas de voces juveniles, las once de la noche. En la plaza, ya casi sola, se levanta uno que otro árbol escueto. Bajo las portaladas vetustas, siguen abiertos y vivamente alumbrados, los cafés. En lo alto, dominándolo todo, se recorta la

masa rectangular del Alcázar. Sus torres puntiagudas, pican la plata sideral.

Mi soledad comienza a estar llena de visiones: cuadros hechos con humo de colores se desenvuelven en la obscuridad de la memoria; tumulto de turbantes; vuelos de sedas; matices de alcatifas; el mercado arábigo; las zambras; los juegos de cañas y las lizas; y, llena de sombra y de relámpagos, la procesión de los autos de fe.

Aquí pasaron todas esas cosas. Y como soy un libresco empedernido, comienzo a sacar papeles de la estantería de los recuerdos, y a hojearlos y a buscar los pasajes que podrían intensificar en aquel instante mi emoción y hacerme más sensible y exaltada la realidad.

Después de media hora me levanto, y, a impulsos de mi fantaseadora curiosidad, me decido a perderme en el laberíntico y tentador silencio de la ciudad. Por las callejas, de áspero empedrado, que se entretejen confusamente, por los rebodos y retorceduras, por las cuestas y descensos del suelo, voy, entre la sombra, agujereada de cuando en cuando por los amarillentos farolillos, como si fuese por una ciudad vista en un sueño. Mis pasos tienen ecos que se reproducen en la distancia. Todas las casas están cerradas. Las paredes de las fachadas, altas, negras, medrosas. A la claridad parpadeante del alum-

brado, distingo, en un lienzo carcomido, en un muro de ladrillos rotos, a lo largo de las aceras, ya un arco románico, ya una puerta ojival, ya un ajimez calado, y una columna gótica, de capitel pesado, y en la clave de un portalón descascarado, un borroso escudo, un bajo-relieve heráldico, una escena mística tallada en el granito. Es más lo que adivino que lo que percibo; lo que infiero y sospecho que lo que miro. Sobre esta paz profunda cae el argento de las estrellas. Llego a una plazoleta. Me siento en el pórtico de una iglesia, desde el cual, puedo alcanzar una parte del panorama. Allá abajo se extiende la negrura plateada de la campiña limitada por los collados que tapiza el espeso y obscuro follaje. Ya no hay danza de luciérnagas en ella. Oigo el rumor del Tajo invisible y adormilado. Vivo, por fin, una hora antigua, una hora pretérita, de poesía medioeval. Divago a mis anchas por entre recuerdos históricos y poemas y leyendas.

¿Qué se han hecho la vida presente, la agitación actual, la inquietud activa de este minuto angustioso del mundo? ¿Dónde están las noticias de la guerra europea, el estremecimiento de la lucha universal, la preocupación de los problemas modernos, el miedo visionario, la esperanza nerviosa que nos sacuden incesantemen-

te el espíritu? Todo se ha desvanecido en esta ciudad fantasma, en esta noche feudal, en este laberinto de calles morunas y palacios castellanos, en esta plazoleta, en cuya tierra gris se alarga ridículamente mi sombra, frente a este paisaje misterioso que la luna envuelve y deslía.

Y, como en la oda de Fray Luis, me fingí que el río sacaba el pecho fuera, y empezaba a narrarme cuentos de hazañas, de encantamiento y de amor. Y el espectro de la intrépida Isabel, mujer de Fernando de Aragón, el astuto, cruza, paso a paso, rodeada de su séquito de damas y pajes, rumbo al claustro de San Juan de los Reyes. A distancia, recatado y severo, revestido con la armadura resplandeciente y sonante, sigue la comitiva, como presa de un penoso ensimismamiento, el prodigioso capitán'don Gonzalo Fernández de Córdoba, Condestable del reino de Nápoles, orgullo de la época, domador de la gloria. ¿Estará acaso enamorado el *Gran Capitán*? El Tajo, bajando la voz, interpreta, para mí, la Crónica de don Hernando del Pulgar, y me aclara las alusiones obscenas de las Coplas de Mingo Revulgo.



¡Media noche! El sereno la grita; el reloj la canta. Después de rodeos y tanteos, como Dios

me da a entender, vuelvo a mi hotel; entro en mi cuarto; abro el balcón, insaciado todavía de curiosidad e interés. El callejoncito, la cinta de tiniebla, conserva aún el resplandor de su lentejuela, de su farola agonizante. Pero ahora tiene una luz más, en la altura de un muro, frente a mi balcón, en una ventana abierta. De ella, sale un sonido constante, rítmico y fino. Yo, atisbo el interior. Inclínada sobre una máquina de coser, una mujer, trabaja. Desde donde estoy puedo ver un pedazo de la casa pobre: algunas sillas, el lecho, una cómoda, un cuadro. Sobre la mesa de la máquina, una lámpara. La cabeza inclinada de la mujer, no me permite ver el rostro. Mas un canturreo, a *bocca chiusa*, me hace pensar en la juventud, tal vez en la belleza, acaso en el amor y en la melancolía. Y, urgido por la existencia real, abandono los recuerdos de las gestas gloriosas, los desfiles suntuosos del romancero, las arrogancias del Cid, la entrada del Rey Alfonso, y compongo con los últimos hilos de la fantasía—la Penélope eterna—un cuentecito becqueriano.

La vida provinciana, me revela sus tristezas de ahora.

La muchacha y yo, frente a frente, sin conocernos, velamos. Toledo duerme profundamente en un silencio conmovedor.

II

Sol de Castilla.

De codos, en el carcomido antepecho, a la orilla del desfiladero, en cuyo fondo corre la pulida lámina del Tajo, gozo de la belleza y la frescura de la mañana. Bajo las brillazones del sol, los campos toledanos tienen una grave y serena alegría. Ancha la vega, silenciosa, cruzada y acotada por compactas arboledas, muestra una placidez majestuosa como de inmensa huerta conventual. Los olivares trepan por el collado frontero, en inmensas manchas verdinegras, por entre las cuales asoman su blancura reluciente las viejas casas de campo que de lejos, por su pesada fábrica, por su apariencia claustral, causan la impresión de monasterios diseminados en el monte.

Al pie del peñón abrupto en que se asienta la ciudad, sobre el ocre rojizo de la tierra, se agrupa pintorescamente el caserío del Arrabal y las Covachuelas. Y un puente arcaico levanta, atravesando el río, sus tres fuertes y sobrios arcos. En el confin se profundiza el azul ceniciento del horizonte.

Pero el día avanza, y es preciso entrar en el

corazón de Toledo para visitar sus tesoros. Desde Madrid preparé mis datos y me tracé un plan. Las mudas guías bibliográficas me ayudaron a necesitar lo menos posible de los *ciceroni* locuaces y vulgares. Ocupé a uno de ellos, tan sólo para que me orientase, con prohibición absoluta de explicación y comentario. Penetro en la ciudad que a estas horas, las diez de la mañana, parece no haber despertado todavía. En el aire de vetustez de estas calles estrechas zigzagueantes, penumbrosas, apenas hay indicios de movimiento. Por un empinado callejón va, delante de mí, una mujer del pueblo de pañuelo en el busto, falda corta y alta, medias azules y alpargatas plomizas. Después la soledad; después una beata anciana; y otro trecho solitario; y un sacerdote que haldea; y al cabo de mucho tiempo, en una plazolilla toda gris de polvo, un hombre arriando sus cargados borricos que andan soñolientos, cuellicaldos, moviendo sobre la frente el bordado adorno de la cabezada. Un rechinante carrito de verduras. Un militar de uniforme azul. Y nada más. Calles, plazas, tapias, todo hermosamente ruinoso; todo plácidamente mudo. La irregularidad y la variedad de líneas y masas en las fachadas, son de una irresistible fuerza evocadora. Una puerta de herradura, que tiene los ladrillos carcomidos, y que parece una boca

abierta que enseñara los dientes cariados. La columnilla de un lindo ajimez, cubierta de negruzcas mordeduras. Una saliente y tupida reja, con su tejado triangular y sus ménsulas de hierro mohoso. De cuando en cuando, una placa incompleta de azulejos desteñidos. De distancia en distancia las fachadas destartaladas de una casa señorial, de un palacio, con sus puertas ferradas de las que cuelgan los historiados aldabones. Una fuente de brocal gastado en torno de la cual unas cuantas mujeres calladas, han dejado, en el suelo, sus cántaros blancos. Una niña, sentada en la escalerilla de un postigo tararea. Remotísimamente, un organillo de Berbería, toca una canción madrileña. Y nada más. Las casas, que tienen abierto el portón, me dejan fisgar una celosa entrada moruna, con sus tableros policromados; un ángulo de patio con sus tiestos florecidos. Muy pocas figuras humanas; muy pocas voces. Toledo está vacío; Toledo está abandonado; Toledo es el cementerio de sus antiguos moradores.

Es necesario llegar al centro para percatarse de que Toledo, aunque débilmente, vive. Por allí viene un grupo de canónigos; por allá cruza un gran automóvil atiborrado de oficiales; los vendedores ambulantes vocean; las tiendas se suceden y se aprietan en las vías de lento trán-

sito. En los salones del café hay varias mesas ocupadas. La gente marcha sin apresuramiento ni apreturas, en un escaso y pobre desfile. Mas todo este lienzo provinciano está aquí como prestado, como forzado. Es de un chocante anacronismo. Las piedras y las personas no se ponen de acuerdo. Las piedras ostentan fiereza y grandeza; las gentes sencillez y apocamiento. La alegría de las piedras es fastuosa y suntuosa; la de las gentes es humilde y amanerada. Las piedras se han vestido de encajes, y adornado con relabrados de orfebrería, o bien se atavían de hierro, embrazan escudos, soportan cascos y cargan bordaduras heráldicas; o bien se ahuecan para recibir santos de mármol, o llevan sobre los pulidos cerramientos retablos esculpidos. Las gentes carecen de elegancias presuntuosas, y visten provincianamente, sin excesos de lujo, sin ostentaciones vanidosas.

Las piedras poseen una elocuencia oriental; saben historias; narran fábulas, conocen la poesía árabe; hablan latín, y recitan versículos hebraicos. Las gentes parecen despreocupadas y hasta olvidadas de tanta sabiduría. Las piedras son viejas, están desmoronándose por todas partes, pero pregonan eviternidad. Las gentes dejan entrever su sello perecedero y caduco. Y es que las piedras viven; recuerdan tristezas, pla-

ceres, heroísmos, sacudimientos de libertad, esfuerzos de piedad. Y las gentes, entre las piedras, viven también, aunque una existencia rebajada, callada y oscura, que se asemeja y acerca a la muerte. El alma, vigorosa y maravillosa, irradia de las piedras; y tímida y amodorrada se esconde en las carnes...



En el corredor de la casa del Greco, sentado en la banca mural, de ladrillos gastados, me recreo, mirando el jardín. No es grande y las paredes que lo limitan son bajas. Desde él, en el sitio en que estoy, se ve ascender la ciudad; se ven las líneas de las casas subir, suavemente escalonadas, hasta recortar el horizonte diáfano. Es un espectáculo de época; es el siglo xvi que se pone delante de mí, en muros severos, de ventanas simétricamente dispuestas, con su fría austeridad de monasterio. El jardín está caprichosamente sembrado de plantas que florecen, y, que, sin embargo, por su verde polvoroso, por su aspecto mustio, producen la impresión de que son tan viejas como el edificio. Una fuentequilla secular, deja caer, desde la altura de su gastado pilón de piedra, el chorro cansado y turbio. El

sol, en plenitud, sobredora este rincón, apacible y huraño.

Los pilares leprosos del corredor, proyectan hacia dentro y en oblicuo, una cinta de sombra. ¡Qué paz siente el espíritu; qué alejamiento; qué anonadamiento! ¡Ah, casa decrepita, senil palacio del avariento Samuel Levi, y del refinado y diabólico Enrique de Villena, cómo se conoce que te habitaron hombres exquisitos, almas contemplativas y sutiles! El Greco te aderezó y te adaptó a su raro y admirable sentido estético. Albergaste un día la riqueza; escondiste en tus subterráneos el tesoro de Aladino; otro día encubriste la mágica sabiduría; y bajo tu techo abrió las alas, llamado por el cabalístico conjuro, el ángel Asrael; pero lo que vale en ti más que todo, es haber tenido la gloria de abrigar los ensueños luminosos del Arte. Domenico Theotocopuli, descansando en este mismo lugar, concibió las visiones celestiales, el séquito de ángeles alargados y de figuras que parecen copiadas en cóncavos espejos. Tal vez aquí, en una hora como ésta, mientras, frente al caballete, untaba sobriamente en la paleta sus cuatro colores favoritos, hablaba de cosas ascéticas, con su amigo el venerable maestro Fray Juan de Avila.

Toledo entero está lleno de este espíritu enfermo de la divina locura del genio. Toledo es

del Greco; nadie le puede disputar esta soberanía. Es su dominio; su feudo; su monumento.

He visitado las iglesias, los palacios, las fortalezas, las ruinas, las mezquitas, las sinagogas; el portento de la Catedral que sobrecoge como el misterio del *más allá*; el alcázar poblado de espectros esplendentes. El arte mudéjar, la arquitectura muzárabe, las maderas incrustadas de nácar, las techumbres sobrecargadas de marfil; las alharacas, que son graníticas bordaduras, y han removido en mí, el mundo fantástico de los recuerdos. Las joyas, de trémula pedrería; las vestiduras de brocado magnífico; las capas magnas de gemados diseños; los tapices de colorido inmarcesible me han herido los ojos con deslumbramientos de milagro. El sepulcro de don Alvaro de Luna, el sarcófago del Cardenal Mendoza; la espada de Alfonso VI; las insignias del Cardenal Cisneros; el San Francisco de Asís de Alonso Cano, limpiaron en mi fantasía el panorama de la historia. He soñado leyendas, he recitado romances, viendo templar una hoja de acero, junto a una vieja fragua, y contemplando en su capilla silenciosa, al Cristo de la Vega.

Mas cosa ninguna me ha tocado el corazón ni me ha producido emoción más honda que el rincón de la iglesia de Santo Tomé, donde viví quién sabe cuántos siglos en el breve tiempo en

que logró mi alma alcanzar la elevación del éxtasis, ante el muro que sostiene el prodigio del Entierro del Conde de Orgaz.



Al concluir mi larga meditación en el jardín de la casa del Greco, del formidable inmortalizador de la España devota y caballeresca, enderecé mis pasos hacia el rumbo opuesto; atravesé la plaza del Zocodover, pasé por debajo del Arco de la Sangre, y me detuve frente a un caserón pringoso y oscuro, en cuyo patio se desgranaba materialmente, un veterano coche de camino. Era la posada del Sevillano. Un forastero pobre, de aspecto hidalgo, de aguileño rostro, manco y gallardo, se hospedó en esta posada. Llamábase el tal, Miguel de Cervantes Saavedra.

Y cuéntase que en alguno de estos aposentos escribió una de las fábulas más hermosas y típicas de la lengua castellana. ¿Quién ha oído hablar por ahí de *La Ilustre Fregona...*?

LUIS G. URBINA

SONETOS

El infolio.

¡Cuán soberbio festín a la polilla,
oh, raro libro, en tu vejez procuras,
albergado entre bárbaras lecturas,
oprobio del idioma de Castilla!

Si hogaño indocto mercader te humilla,
yo sabré celebrar tus donosuras,
que es tu fondo venero de aguas puras,
y tu lenguaje sabia maravilla.

En nuestra edad, como ninguna triste,
nadie, mejor que tú, las desoladas
voces de los caídos interpreta.

Y en tus albores por misión hubiste
ilustrar con tus juicios las veladas
de un santiaguista clérigo y poeta.

Fray Luis de Granada.

El bello anochecer de primavera
Granada ve, desde abacial ventana,
cuando el recio clamor de una campana
recuérdale que el púlpito le espera.

Ya pregonó la cristiandad entera
triunfos de su oratoria soberana;
y es pasmo de la corte lusitana
el hijo de la humilde lavandera.

Sus homilias, cual fecundo riego,
al pecho llegan, que el dolor abate,
y son del justo peregrina loa.

Y al percibir las cláusulas de fuego,
inflamada en piedad, por Cristo late
como un inmenso corazón, Lisboa.

Flor de Germania.

¡Sonata melancólica de piano,
tejida con furoros y ternezas!
Tú hermanaste muy bien con mis tristezas
un solemne crepúsculo aldeano.

¿Dónde estará la prodigiosa mano
que descifrarte suele? ¿Dónde rezas
las plegarias, y copias las fierezas
del corazón del músico germano?

Pues tu poder sonata, reverencio,
vuelva la melodía fascinante
a interrumpir el vesperal silencio.

Hazme ver cómo el alma se redime,
al escuchar las notas de un andante
que habla en tono menor de algo sublime.

El gran don Francisco.

Por la famosa puente de Toledo,
anciano, sin doblones y tullido,
a padecer venganzas del valido,
preso camina el inmortal Quevedo.

Cuán limpio lleva el ánimo de miedo,
pronto lo hará saber el perseguido,
cuando en León pesares dé al olvido
con fe cristiana y ejemplar denuedo.

Si el cáncer le permite algún reposo,
los monjes han de ver cómo recita
con versos gongorinos, rimas claras.

Y esculpirá un soneto religioso,
para escribir después a Margarita:
—Fueses menos ramera y más ganaras.—

Tiempos duros.

De lejos vuelve derrotado y pobre,
y en las horas de aspérrima campaña,
lustrar le vieron el honor de España
las firmes tierras y la mar salobre.

Nunca será que su altivez recobre;
ya Marte y Venus, en fatal compañía
le invalidaron para toda hazaña,
y si el oro sembró, mendiga el cobre.

Harto de pompas vanas y placeres,
no siente los rasgones de su traje
ni el desvío glacial de las mujeres.

Tan sólo juzga superior ultraje
contemplar en dintel de mercaderes
el heroico blasón de su linaje.

Mirabile visu.

No preguntes, mujer, cuál atavío
mejor tus perfecciones realzara.
Siempre triunfan las rosas de tu cara,
y tu ingénito y magno señorío.

De tu hermosura el hondo poderío,
a quien te mira esclavitud depara;
en todo corazón logras un ara,
y el culto ves con singular desvío.

Soy tu esclavo sin ansias de rescate
si veste luces de negror severo;
cuando gobiernas victorioso yate.

Ya la ceñida falda te recojas
por esquivar los charcos del sendero
que el otoño pobló de mustias hojas.

Luis BARREDA

JUANA BORRERO

Una María Bartkiestchief, cubana.

† en la Habana el 12 de marzo de 1896.

«Il semble que la femme soit plus que nous sujette aux destinées. Elle les subit avec une simplicité bien plus grande. Elle ne lutte jamais sincèrement contre elles. Elle est encore plus près de Dieu et se livre avec moins de réserve à l'action pure du mystère.»

Maeterlinck, «Sur les femmes.»

Mientras los hombres hacen sus daños, armados y llenos de odios, en la crueldad de la guerra, allá en la isla de Cuba una rara niña, una dulce y rara niña penetra en la sombra mortal, delante de los tristes ojos de sus hermanos, y paréceme que vuelve el rostro como para decir adiós, y que su mano traza un rasgo enigmático

que anuncia la esperanza de un futuro momento consolador; tal una blanca visión, en un misterioso castillo antiguo, al perderse en una puerta llena de obscuridad en el imperio del silencio, en una hora inmemorial.

Cuba ha sido para el naciente pensamiento de América, isla cara y gloriosa, pues pudo allí aparecer después del gran Martí aquella alma excepcional, alma soñadora que se llamó Julián del Casal, y al lado suyo su hermana de espíritu, esa extraña virgen hoy difunta, Juana Borrero, que por cerebral y vibradora y artística puede, en medio distinto, ser colocada a la par de María Bartkiestohief.

Como la slava, fué escritora y pintora; como la slava, tuvo curiosos ensueños de grandezas legendarias; como la slava, poseyó la dicha de la belleza, si bien en esa cubana imperaba la rica y quemante belleza de la criolla. No la ví nunca en Cuba, pero por su retrato sé de sus copiosos cabellos oscuros, de sus ojerosos y grandes ojos negros, de su boca de fuertes y sensuales labios, y de la tristeza profunda y distintiva que envolvía toda su persona, poniendo en ella algo de desterrada o de nostálgica. Así partió de este mundo, llevando sus flores espirituales, su virginidad, sus ensueños y su magia.

Era la amada y creo que la prometida de uno

de los dos hermanos Uhrbach, encantadores y generosos poetas.

Por Carlos Uhrbach sabemos que aquella niña tropical no amaba el sol. Dice el desolado joven: «Se ha juzgado a Juana Borrero un *temperamento de fuego*. Están en un error los que así afirman. Ella no tenía nada de tropical; sólo su aspecto pudiera hacer creer que había nacido en esa zona. Siempre soñaba con brumas. Alemania la seducía, y su imaginación se desencadenaba para volar a la Selva Negra, o rasgar con el filo jamás embotado de sus alas los caudales neblinosos que envuelven el Rhin.»

«Yo sueño con un clima extraño—me decía—, donde nunca haya sol. ¡Ah!, el sol es mi primer enemigo.» Y se complacía con lujo de imágenes en desplegar a los ojos de mi mente panoramas septentrionales, paisajes de hielo, castillos circundados de pinos, lejanías crepusculares, lagos helados y comarcas pobladas de abetos.

Y yo, confidente de esos desvaríos ansiosos, la escuchaba, la escuchaba sugestionado por la magia fascinadora de su verbo. ¡Oh, cuán lejanas me parecen esas palabras! Sus ecos revibrarán mientras viva en mi corazón...»

Julián del Casal ha dejado entre sus versos una canción que celebra a la sororal *Virgen Triste*:

Tú sueñas con las flores de otras praderas,
nacidas bajo cielos desconocidos,
al soplo fecundante de primaveras
que, avivando las llamas de tus sentidos
engendren en tu alma nuevas quimeras.

Hastada de los goces que el mundo brinda,
perenne desencanto tus frases hiela;
ante ti no hay coraje que no se rinda.
Y, siendo una inocente como Graciela,
pareces tan nefasta como Florinda.

Nada de la existencia tu ánimo encanta;
quien te hable de placeres, tus nervios crispa;
y temores secretos en ti levanta
como si te acosara tenaz avispa
o brotaran serpientes bajo tu planta.

No hay nadie que contemple tu gracia excelsa,
que eternizar debiera la voz de un bardo,
sin que sienta en su alma de amor el dardo;
cual lo sintió Lohengrin delante de Elsa,
y, al mirar a Eloisa, Pedro Abelardo.

Al roce imperceptible de tus sandalias,
polvo místico dejas en leves huellas,
y entre las adoradas, sola descuellas;
pues sin tener fragancia como las dalias,
tienes más resplandores que las estrellas.

Viéndote en la baranda de tus balcones,
de la luna de nácar a los reflejos,
imitas una de esas castas visiones,
que teniendo nostalgia de otras regiones,
ansían de la tierra volar muy lejos.

Y es que al probar un día del vino amargo
de la vid de los sueños, tu alma de artista,
huyendo de su siglo materialista,
persigue entre las sombras de hondo letargo
ideales que surgen ante tu vista.

¡Ah! Yo siempre te adoro como un hermano,
no sólo porque todo lo juzgas vano
y la expresión celeste de la belleza,
sino porque en ti veo ya la tristeza
de los seres que deben morir temprano.



Ese profeta de la muerte no se equivocó. El
partió antes; había asimismo en su faz la tristes-
za especial que señala a los seres que deben
temprano morir, y que en lo antiguo indicaría
una predilección de los dioses. Parece que estos
seres fuesen de vuelo hacia una región señalada,
y que en su peregrinación se equivocasen de
senda y se hallasen de pronto perdidos en la ás-
pera selva de esta existencia.

A esas almas, aun en medio de la primavera,

en pleno florecimiento vital, queridas de la gloria o amadas del amor, diríase que alguna potencia, insensible y fatal, está de continuo haciendo señas desde la entrada de la tumba. La muerte les produce cierta atractiva impresión desconocida para el resto de los humanos. En una carta íntima dice Juana Borrero: «A pesar de que algunos me juzgan tan venturosa, hay en mi alma abismos tan profundos de tristeza y sinsabores tan ocultos, que muchas veces anhelo la muerte consoladora de todas las amargas. En estos momentos en que me atormenta despiadado el insomnio, cruzan por mi cerebro ideas tan lúgubres que me producen un desaliento inmenso...!»

Y Uhrbach nos cuenta: «Juana Borrero tuvo el presentimiento de su prematuro fin. Amaba la muerte, y al mismo tiempo le producía horror. Este dualismo no será comprensible, pero fué un hecho real.

En las noches melancólicas de la luna, cuando la Naturaleza parecía narcotizada por la lumbre fría de los astros, recitábame las inmortales rimas que le consagró el pobre Casal, y cuando llegaba al último verso, «porque en ti veo la honda tristeza de los seres que deben morir temprano», su cabeza hacía signos afirmativos y su voz desfallecía, desvaneciendo sus timbres flébi-

les, como se apagan las notas musicales en las penumbras de los templos.»

Yo me imagino el dolor de ese artista enamorado que no llegó al triunfo de la posesión, y que no volverá a encontrar sobre la tierra a su Leonora «nunca más». Y es de llorar con gran desolación por esas desaparecidas flores que se creerían imposibles en la común vegetación femenina, y que tan sólo se encuentran a modo de sorpresas que lo desconocido pone, de cuando en cuando, a la mirada del poeta.

Esas almas femeninas tienen en sí una a manera de naturaleza angélica que en ocasiones se demuestra con manifestaciones visibles; son iguales en lo íntimo a los hombres elegidos del ensueño, y sus compañeras terrenales, inconscientes o instrumentos de las potencias ocultas del mal, son los principales enemigos de todo soñador. «Parece—dice Maeterlink—que la mujer estuviese más que nosotros sujeta a los destinos.» Y si ello es una verdad de la vida profunda, lo es más con respecto de esas mujeres de excepción. Así el destino tuvo a esta pobre y armoniosa niña encadenada a una fibra incógnita y divinamente magnética, por la cual venían a ella los temblores supremos del misterio, pero la cual era cortada con fatal avaricia por las manos de la muerte.

Deja cuadros y poesías la adoradora de Boticelli y de Dante Gabriel Rosetti.

El libro de los versos de esta privilegiada doncella, ya célebre en su isla maternal y en gran parte de América, debía ser acompañado de otro libro epistolario, en el que se documentase la psicología de la Bartkiestchief hispano-americana. Más que los hombres, las mujeres se transparentan en las cartas, desde los rasgos que investiga el grafólogo hasta la expresión que encierra el secreto de sus sentidos, de sus nervios, de sus visiones. Siento no tener el libro raro de las poesías de Juana Borrero, para dar alguna muestra de su manera y vuelo. Apenas verán mis lectores estos versos tristes, dedicados a un amado poeta:

Escuchando las notas aladas
que surgen vibrantes de tu arpa de oro,
se han llenado mis ojos de lágrimas,
y ha subido a mi boca un sollozo,
escuchando las notas aladas
que surgen vibrantes de tu arpa de oro.

Yo no sé lo que tienen tus rimas,
que al llenar mi alma de triste dulzura,
me recuerdan la imagen querida
de un ser adorado que duerme en la tumba!

Misterioso poder de las rimas,
que llenan mi alma de triste dulzura...

Canta, ¡oh bardo!; tus cantos evocan
en mi pecho enfermo profunda tristeza,
y se puebla mi mente ardorosa
de febriles, fugaces quimeras,
cuando escucho tus cantos que evocan
en mi pecho enfermo profunda tristeza.

Y estos otros a una amiga:

Aunque sólo la vieron mis ojos en noche remota,
no he podido borrar de mi mente la imagen hermosa.

Sobre el fondo sombrío del palco, las luces radiosas
le ceñían de bucles de fuego luciente corona;
negro traje de raso y encaje cubría sus formas,
modelando del talle correcto la curva graciosa;
se veían sus brazos de nieve cubiertos de blonda;
en el pecho llevaba prendido un ramo de rosas.

Pero yo comprendía, al mirarla, que no era dichosa,
que al través del raudal de su risa vibrante y sonora,
expiraba el gemido profundo de intensa congoja.



Hay de ella sonetos admirables, a lo Casal,

lentos de sensualismo místico, extrañísimo, en el cual quizá encontraríamos la influencia del poeta de *Nieve*, tan celebrado por su maestro Verlaine y por el poderoso Huyssmans.

¡Pobre y adorable soñadora que ya no es más de este mundo! ¡Flores para la flor! ¡Bien resonarían para ella las palabras que lamentaron la muerte de la dulce Ofelia!

Yo saludo a la Virgen que asciende a un balcón del Paraíso, en donde estará como la amada de Rosetti o la Rowena de Poe; mas es más hondo mi lamento si considero que ese ser especial ha desaparecido sin conocer el divino y terrible secreto del amor...

RUBÉN DARÍO

Epístola a Manolo González

Festejando su reválida.

Amigo ingeniero: Fraternas razones
y afectos de siempre, te van en mi esquila;
hoy que finalizan tus arduas lecciones
y das, diplomado, tu adiós a la Escuela.

¡Hagamos memoria! Los gratos extremos
del pasado, encarnen su antigua apariencia.
Volvamos los ojos a ayer; evoquemos
las rosadas horas de la adolescencia...

Cuando el alma joven y el ingenio vivo
planeaban juntos su vuelo primero,
e iban tus miradas de hombre reflexivo
sondando el enigma de lo venidero.

Absorto mirabas cómo a un participio
de portentos, daban luminosidad

los Números; gérmenes de todo principio;
claros e inmutables como la verdad.

Ellos te auguraban futuros poderes
de insólitas fuerzas, de huestes gregarias;
decían la sólida voz de los talleres
y el vital estruendo de las maquinarias.

Las causas creaban seguros efectos,
el triunfo ofrendaba cercanas preseas;
en tanto ajustaba la mente proyectos
en un engranaje continuo de ideas.

Y tú que tenías el temple tan fino,
viste, con serena ciencia de analista,
que era el desempeño de tu alto destino
menester de sabio y opinión de artista.

La norma aritmética, tan fija, tan varia,
y estos artificios de maga destreza,
bajo su apariencia tan utilitaria,
esconden un puro canon de belleza.

¡Son bellas las máquinas, son inteligentes!
Unas, trepidantes, de enorme osadía;
otras, delicadas, finas, sonrientes;
todas, admirable fuente de energía...

La fórmula exacta que el cálculo trajo,
en los materiales imprimió sus huellas;
el juego dinámico combinó el trabajo
y encarnó el ensueño teórico en ellas.

Y enseñan que toda quimera probable,
al tiempo que fluye, se torna lograda
si extiende el estudio su pauta admirable
y afianza sobre ella, la labor, su azada...

Así tú; nutrido de procedimientos,
dueño de una sabia percepción moderna;
fuiste introduciendo perfeccionamientos
en tu originaria mecánica interna.

Al salto opusiste la cuerda medida,
al impulso loco, sería contramarcha;
y obediente, entonces, adquirió tu vida
el ritmo perfecto de un motor en marcha...

Envío.

¡Honremos tu título como a cosa eterna!
El es, en tu vida, mural medianero;
acaba la noble tutela paterna
e inicia el dominio del Yo verdadero.

Con él, más valiente se afronta el acaso,
él es la segura ración cotidiana;
descarta el inquieto temor del fracaso
y afirma el sosiego feliz del mañana...

Señor licenciado: no ignora el discreto
los justos valores que animan en él.
La verdad es una, y tú en el secreto...
¡Salud y dineros, amigo Manuel!

Tiendecitas de Turcos.

A NÉSTOR DE LA TORRE

Bazares de la calle de Triana
que aportáis en un vuelo transparente,
a la febril exaltación urbana
las muelles laxitudes del Oriente.

Tiendecitas de Turcos. El vedado
enigma, a ojos extraños encubierto
por los hijos del Líbano sagrado
a nuestro asombro occidental abierto...

Mediodía. Las puertas entornadas
en una perezosa oscuridad.
Fuera, el sol; avalancha desatada
sobre la actividad de la ciudad.

Y en medio de las calles febricientes,
estas tiendas de raras mercancías.
¡Tiendecitas de Turcos! Complacientes
para las más plurales fantasías...

Que ocultan en doradas soñaciones
toda una vida multiforme y quieta;
y un desfile de exóticas visiones
para mis entusiasmos de poeta.

Cofrecillos de sándalo labrados,
para guardar espléndidos tesoros,
y junto a los jarrones repujados
damasquinados de puñales moros;

porcelanas de brillos irreales,
sedas en fastuosa algarabía,
recamados tapices orientales
y luminarias de bisutería...

Al braserillo brujo de los sueños
echa el alma sus gomas regaladas,
y ve brotar al pronto los ensueños
que narran las leyendas perfumadas;

y evoca el soñador que en una hora,
cernida de celeste claridad,
trajo un bello navío de Bassora
todas las maravillas de Bagdad...

Bazares de la calle de Triana:
¡Valor alucinante de otra tierra!
¡Toda una ardiente historia musulmana,
de opio y amor, vuestro mutismo encierra!

Y como centro de este raro encaje,
un hombre que nos mira indiferente;
en la muñeca el bárbaro tatuaje
y el gorro griego en la serena frente.

¡Vendedores de rostros apostólicos,
que llevan en la boca una oración
y en los rasgados ojos melancólicos
una mirada de resignación!

¡Ojos que han visto en épocas lejanas,
cargadas con los frutos del harén,
pasar las dromedarias caravanas
por los caminos de Jerusalén;

o atravesando el arenal sonoro,
vieron un día aparecer al fin,
el Cairo con sus cúpulas de oro
y los fragantes pinos de Efraín!

Hoy, alejados de la costa cara,
sus almas van, en misterioso acuerdo,

tendiendo sobre el mar que los separa
la puente milagrosa del recuerdo...

Todo, mientras se aduermen poco a poco,
y la memoria pinta en el sentido,
la esclava de ojos negros, que en el zoco
vieran a un mercader desconocido...

¡Bazares de la calle de Triana!
Alma oriental que en Occidente habita.
¡Todo un fantasmagórico nirvana
en medio del vivir cosmopolita...!

TOMÁS MORALES

SOLEDAD

Mi camino está solo: no veo una mano blanca que me despida o que me espere.

Mi camino está obscuro y es aún largo; no hay reflejos de viejo marfil a mis espaldas, ni ante mis ojos la alborada triunfal de un cuerpo joven.

Suelo estar muy triste. Bajo la máscara grosera, ejemplar de mi raza, vibra angustiada mi sensibilidad de otros pueblos.

Anoche tuve paz: se anunció la llegada de los zeppelines; todo París quedó en tinieblas, y en la negrura de la ciudad inmensa, vi la luz modesta de mi esperanza.

He estado en teatros, conciertos, cafés y casas de té; en todas partes la misma gracia, idéntica sonrisa... para los otros.

En el *metro*, ya tarde, hay afluencia de viajeros; las formas se confunden, existen facilidades...; pero yo siempre regreso solo a mi hotel.

No comprendo esta hora; a veces soy brutal— ¿herencia o rebeldía?—; con frecuencia atento, cordial, sencillo, casi ingenuo; pero invariablemente, cuando llego a mi cuarto, estoy solo.

Ignoro el porvenir, ¡a Dios gracias!, mas tengo fe en algo justo; creo en mi derecho como animal, ya que no como hombre, y la ley biológica pondrá un día en mi camino, como para el insecto el mineral o la planta, la caricia largo tiempo esperada.

FRANCISCO OROZCO MUÑOZ

Paris, enero 12 de 1917.

La casa de los abuelos.

La imagen que mejor sintetiza la casa de mis abuelos, es la de un árbol: corpulento, frondoso, antiguo y solitario... Las hojas son amarillas y grandes, láminas de oro imponderable, que se desprenden fatalmente, en la serenidad de la tarde, dejando una sensación de bondad y de paz infinitas.

Los nietos pequeños juegan con la santa hojarasca, cuyo lenguaje no comprenden; pero que más adelante, a cierta edad, en determinados días, escucharán con recogimiento en el fondo del alma.

FRANCISCO OROZCO MUÑOZ

•

Figuras contemporáneas.

Goy de Silva.

(Juicio crítico del ilustre filólogo y profesor de Filosofía y Letras de la Universidad Central, don Julio Cejador, para su «Historia de la Lengua y Literatura Castellana».)

De entre los escritores contemporáneos más jóvenes que no sólo prometen, sino que ya dan frutos sazonados, por haber llegado a entera madurez, acaso el último en fecha que se ha dado a conocer, es Ramón Goy de Silva, que tiene veintisiete años, pues nació en 1888 en El Ferrol. Acaso a muchos lectores no les suene este nombre y quizá les suene demasiado el

calificativo que yo le dé. No lo extrañaría, porque tampoco a mí me sonó hasta pocos días ha, que me encontré en casa con sus libros. En el apicarado vivir de esta menguada España de hoy campan por sus respetos los monopolios o monoplios políticos, industriales, comerciales, literarios y de todo jaez con tan desvergonzada cuquería, que el que en alguno de ellos no tenga parte, y, por dignidad personal, quiera vivir independiente y alejado de los currinches, donde se dan patentes de valer y se bombean extremadamente las obras de los compinches, puede tener por cierto que nadie le conocerá, y que sus obras caerán en el público con el sosegado silencio de los copos de nieve por enero, y que, como ellos, se derretirán y se los llevará el olvido a las pocas horas.

¿Quién es don Ramón Goy de Silva? Nada sé de él más que lo apuntado, y lo que he podido averiguar de sus obras para mi *Historia de la Literatura*. No tengo el gusto de conocerle personalmente, y a mi requerimiento por carta, no ha dado por contestación otras noticias que las que aquí irán saliendo. Sus obras publicadas son:

La Reina Silencio, tragedia simbólica, 1911.

Sueños de noches lejanas, poemas legendarios en prosa, 1912.

En el bosque de la diosa Milita.

Amytis, esposa del rey Saosdukin.

El coloquio de los astros.

El Eco, drama en tres actos, estrenado en el teatro Español el 6 de marzo de 1913.

La de los Siete Pecados, poemas bíblicos en prosa, 1913.

Myriam, la de los Siete Pecados.

Salomé, la del velo de los siete colores.

Cleopatra, reina de las esfinges.

Belkis, reina de Saba.

La Corte del Cuervo Blanco, fábula escénica, en cuatro jornadas y un prólogo, 1914.

El sueño de la reina Mab, 1914.

El Reino de los Parias, poema simbólico, en prosa, 1914.

Sirenas Mudas, drama en tres actos, estrenado en el teatro de la Princesa el 10 de mayo de 1915.

La Caja de Pandora, inédito libro de poesías, premiado por la Real Academia de la Poesía en un concurso de *El primer libro*. Comprende dos partes: *Cantos de Muerte y Esperanza* y *Cuentos de Schahrazada*.

He leído y estudiado *La Reina Silencio*, *La Corte del Cuervo Blanco*, *El sueño de la reina Mab*, *El Reino de los Parias* y *Sirenas Mudas*. Por estas obras, me atrevo a decir que la litera-

tura castellana tiene en Goy de Silva la flor de las más halagüeñas esperanzas, a juzgar por estos ya sazonados frutos, que le aseguran maciza fama.

La Reina Silencio (1911), es la tragedia de la Muerte, sin precedente en la dramática universal. *La Corte del Cuervo Blanco* (1914), es «la comedia del Amor. En torno de ambas concepciones, del más humano simbolismo, cantan o gimen, vuelan o se arrastran, las pasiones de la vida».

Así hace hablar el autor a Shakespeare, y hácele hablar con toda modestia y verdad.

La tragedia de la muerte, del más allá, del misterio, que a todos nos hace continuamente pensar, no había sido llevada jamás al arte, y Goy de Silva la ha llevado en *La Reina Silencio* por manera acabada. Arte simbólico es, porque de otra manera no sé yo que pudiera presentarse en las tablas, ni entiendo quepa ser tratado como real lo que está más allá de la realidad; pero la concreción en personajes casi reales, y en fábula y acción casi real, es un esfuerzo de ingenio por parte del autor, que sólo puede compararse con el que campea en *La Vida es Sueño*, de Calderón. No hay aquí las nebulosidades metafísicas del *Fausto*, que, con todo el suyo, no supo convertir en cuerpo el gran Goe-

the; todo es claro y diáfano, mañero y llano. *La Reina Silencio* es la Muerte, que acoge en su misterioso y cerrado palacio a todos los peregrinos y viandantes; es decir, a todos los mortales, que todos van a parar a él, valiéndose de sus hijas, los siete pecados capitales, simbolizados en siete princesas, cada una vestida de uno de los siete colores, que atraen a los hombres hasta arrastrarlos a dar en manos de la terrible reina.

«La disputa de vuestra posesión (dice al peregrino, al hombre, una de las princesas, uno de los pecados capitales), destruiría la armonía que nos une, y nos obligaría a volver nuestra ponzoña contra nosotras mismas, cayendo en vuestro poder. ¡Oh! El mortal que nos poseyera a todas, sería puro, del mismo modo que el color es blanco cuando concentra en sí los siete matices del iris.» El poeta que tal pensamiento ha tenido, y así lo ha sabido vestir con esta galana metáfora, es, sin duda, un excelso poeta. ¿Qué le sucede a cada peregrino al llegar al palacio de la silenciosa reina de la muerte? Este es el misterio que el gran poeta nos descubre, y que yo no quiero empañar esbozándolo aquí con torpes palabras. La obra toda es de una sobriedad y armonía clásicas; de una tan clara, recia y esmerada labor, que parece labrada de finísimo alabastro, que a

mi se me antoja veteado de negro. Es obra de maestro que no da golpe en vano, que cincela a lo seguro, sacando del material de primera intención lo que llevaba bien pensado y delineado, hasta en sus más menudos perfiles, allá dentro en su idea de artista.

El dramático francés Edmundo Rostand, con su *Chantecler*, y el dramático belga Mauricio Maeterlinck, con su *Pájaro azul*, han henchido el mundo de su fama los años pasados. Estrenaron en París estos dos maravillosos dramas simbólicos, en los cuales representaban pedazos del vivir humano, mediante fábulas de animales, representativas de las humanas pasiones, al modo que los representó Esopo en sus fábulas narrativas de origen indiano, y tras él, los demás fabulistas, aunque en acción más compleja y en forma más dramática.

París es el escaparate del mundo, donde se hace el alarde de las obras artísticas, donde los voceros de la fama las trompetean después a los cuatro vientos. El género fabulesco dramatizado no es una novedad. Aristófanes lo inventó y nadie lo ha emparejado hasta hoy. El simbolismo dramático, por el cual las pasiones se representan, no ya mediante animales, sino mediante personajes, humanos y vivos en las tablas, tuvo su más acabada y sublime expresión en España,

en los famosos *Autos*, y ni Goethe, en la segunda parte del *Fausto*, ni poeta alguno, llegó en fuerza plástica ni en alteza de concepción a nuestro Calderón de la Barca. Por estas tierras de España, donde, con toda la fanfarronería que graciosamente nos cuelgan, no suelen sonar los grandes ingenios hasta siglos, a veces, después de fallecidos, porque no nos damos la maña de los franceses, o no tenemos la vanidad de ellos, apenas es conocido Ramón Goy de Silva, autor de dramas simbólicos tan estupendamente hermosos, que se les han casi pasado de vuelo a los críticos. ¿Conoce el lector, vuelvo a repetir, como ingenio famoso a Ramón Goy de Silva? Supongo que no, y, sin embargo, yo, sin ser profeta, aseguro que lo será en lo venidero. Cualquiera supondrá que es un imitador de Rostand y Maeterlinck, como suelen serlo los más de nuestros poetas de los poetas franceses. Pues, para gloria de la literatura española, hay que saber que los dramas de Goy de Silva sobrepujan en valor artístico al famoso *Chantecler*, que ha galleado demasiado y nos tiene atronadas las orejas con su quiquiriquí. Aquí, aunque no somos gallos o galos para cacarear, nunca faltaron ingenios soberanos que se les adelantasen y les ganasen. «Aún no habían lanzado su canto a los humanos el gallo *Chantecler* de Edmundo Ros-

tand, ni *El Pájaro azul* de Mauricio Maeterlinck; ni se había despertado de su sueño milenario *La bella durmiente del bosque*, al mágico conjuro de Sarah Bernhardt, cuando este *Cuervo Blanco* estaba ya cautivo en mi jardín.» Así dice el autor, bien asistido de razón. «Quise exhibirlo al mundo, en el primer escenario de España, antes de que llegaran otros animales, y al Cuervo y a su Corte les llevé al clásico corral del Príncipe. Pero, más tarde, un dramaturgo amigo, usando de su derecho, anunció el envío de *El Caballero Lobo* al mismo lugar, con su acompañamiento de osos, zorros y lobeznos, etc. Yo, entonces, temiendo lógicamente por mis pájaros, dicho sea con cierto humorismo, los retiré de allí, considerando que no sería prudente reunir en un mismo corral aves con cuadrúpedos, cuyos nombres eran un tanto alarmantes, aunque luego resultaron de la condición más noble y humana. Algún tiempo después, volví a mi intento de exposición; pero son tantas, diversas y fastuosas las aves que forman el cortejo del *Cuervo Blanco*, que no hallé empresa capaz de alojarlas y exhibirlas con el debido decoro. La Prensa, en cambio, me prestó noblemente su concurso, y *El Liberal* y el *Heraldo de Madrid*, primero, y más tarde *Le Temps*, de París, publicaron fragmentos de esta fábula y amables artículos laudato-

rios, antes de que *El Caballero Lobo* y *Chantecler* se hubieran dado al público...» El día 10 de enero de 1908, publicó el *Heraldo de Madrid* la noticia de haber sido entregada a la Dirección del teatro Español *La Corte del Cuervo Blanco*, con otros curiosos pormenores de esta fábula. En 22 de enero de 1909 se estrenó *El Caballero Lobo*. El 23 de enero de 1909 publicó el *Heraldo de Madrid* un artículo de Ricardo Baeza, fechado en Tánger el 12 del mismo mes, en el que se trata especialmente de *La Corte del Cuervo Blanco*. El 10 de enero de 1910, publicó *El Liberal* un artículo de Francisco Villaespesa, titulado *La Corte del Cuervo Blanco* (con una escena de esta obra), en el que este príncipe de la poesía hace un elogio de la fábula de Goy de Silva.

El 20 de febrero de 1910 publicó *Le Temps*, de París, el argumento de *La Corte del Cuervo Blanco*, con un comentario amable del glorioso maestro Pérez Galdós. Una semana después se estrenó *Chantecler*. El 7 de marzo de 1913 publicó *La Correspondencia de España* un artículo de Ricardo J. Catarineu, en el que este ilustre crítico literario dedica algunos elogios a la fábula en cuestión. El 1.º de julio de 1913 publicó *El Liberal* el prólogo de *La Corte del Cuervo Blanco*.

La Corte del Cuervo Blanco, o sea la tradi-

ción, lo que siempre sucedió, sucede y sucederá en el mundo, consiste en la lucha del alma por alcanzar el amor. Es el famoso mito de Psiche y Adonis, tan graciosamente contado por Apuleyo en *El Asno de oro*, que arranca de las más añejas tradiciones, como eruditamente ha probado Bonilla en su libro *El Mito de Psychis*, Barcelona, 1908. Pero no sólo cuanto a la forma dramática es cosa nueva, inventada por Goy de Silva, sino cuanto al asunto en todo su desenvolvimiento. Diríase que Goy de Silva no tenía noticia de semejante leyenda. La *Mariposa*, traducción del griego *psiche*, alma y mariposa a la vez, es la vida; el *Ruiseñor* es el amor, vestido de trovador antiguo. En *La Corte del Cuervo Blanco*, símbolo de la tradición, del mundo siempre igual a sí mismo, el poderoso señor *Cuervo Blanco* quiere casar a la *Mariposa* con el *Ruiseñor*, apoyando las bodas la *Abeja* o laboriosidad, el *Buho* o la sabiduría, que prevé lo futuro y saca de la mentira la verdad; el *Cacatúa* o la elocuencia. En cambio opónense a tales bodas el *Rey Mariposón*, que desea casar a su hija la *Mariposa* con el *Moscardón* o la ambición de occidente, y por sus propios intereses apóyanle la *Mosca*, sierva de la *Muerte*, y el *Murciélago*, espíritu del mal. Por consejo del *Buho* y del *Cacatúa*, esto es, de las ideas, que «son la luz

que ilumina las nebruras del cerebro» y de las palabras, que «son los diversos matices con que dicha luz se manifiesta», logra el *Ruiseñor* del *Mariposón* le cederá la mano de su hija si se presenta él aliado del *Aguila* o la fuerza (1), y logra del *Aguila* su alianza con la promesa de que, en casándose, herederá las riquezas del *Mariposón*; así intimida el *Amor* a las *Riquezas* con la *Fuerza*, y engolosina a la *Fuerza* con las *Riquezas*, logrando la mano del *Alma*, venciendo antes los ardides del *Cuervo Negro* y de todos sus secuaces, ministros del mal, y dejando la corte del *Cuervo Blanco*, una vez vencedores y desposados, porque, como dice el *Ruiseñor*, «si queremos ser dichosos, preciso es que abandonemos este lugar, donde luchan las pasiones rastreras». El asunto es de los más filosóficos e importantes que han trabajado las cabezas de los mortales, la consecución del amor y de la consiguiente felicidad humana. La fábula en que cuaja el autor el asunto es cosa nueva y más humana acaso que la mitológica de los dioses en que lo cuajaron y concretaron los autores paganos, tanto en Grecia como en la India. La manera de desenvolver la fábula es mañosísima y muy bien llevada, entreverando pequeños

(1) El símbolo, más bien, de la bélica Germania.

episodios, en los que entran otros personajes, entre los que son notables la *Cotorra* o publicidad, y el *Mochuelo* o cortesano satírico y burlón, algo así como el bufón de corte. No hay sentencia ni dicho que no encierre alguna realidad grave de la vida. El lenguaje es digno y apropiado. En su género es obra maravillosa. La forma dramática refuerza, además, el apólogo, y lo engrandece una acción bien tramada y de fondo hondamente filosófico. La comedia de Goy de Silva es más humana, más sencilla, más profunda, más acabada que el *Chantecler* y *El pájaro azul*.

El sueño de la reina Mab (1914) y *El Reino de los Parias* (1914), son cortas fantasías simbólicas en prosa narrativa, con pinceladas realistas de fuerte trazo y de honda filosofía en el contenido.

En resumen: estas obras maestras del género simbólico (no simbolista, de los líricos franceses) no han sido sobrepujadas por los más afamados ingenios modernos de fuera de España, y en nuestra misma patria sólo pueden quedar asombradas por la deslumbradora luz de *La vida es sueño*, de Calderón. A pesar de sus cortos años, el autor muestra un juicio asentado y discreto, una extensa y bien digerida cultura, pensar hondo y de pocos, concepción dramática, firme y

amplia, expresión sincera y refinada, ejecución acabada. En el arte del símbolo no hay quien le dé alcance.

Cualquiera diría que Goy de Silva no sabe salir del símbolo, donde se mueve con la soltura de un maestro incomparable. Pero no es así. *El Eco* (1913) y *Sirenas Mudas* (1915) son dramas que prueban no quedar reducido su ingenio al arte simbólico. Dramas realistas, llenos de vida moderna, de intensa emoción trágica para adentro, lucha de las almas sin sangre ni estruendos—. Goy de Silva es, por todo esto, indiscutiblemente, una de las fuertes columnas de las últimas manifestaciones literarias de España, firme sostén de un arte grande, noble, moderno y castizo a la vez.

JULIO CEJADOR

Madrid - MCMXV

NOTA.—En el número próximo publicaremos un fragmento de *La Corte del Cuervo Blanco*, con el permiso especial que Goy de Silva ha concedido a CERVANTES.

Los problemas mexicanos

Síntesis sociológica.

La impresión dominante respecto de la situación mexicana, no sólo en el extranjero, sino en México mismo, es la de que es un absoluto caos.

Las causas que cada Gobierno, cada caudillo, cada conspirador, cada político o cada escritor exponen, como motivos de la Revolución Mexicana, son tan numerosas y tan divergentes, unas inmediatas, otras remotas, que casi es imposible comprenderlas.

La conclusión más sencilla que las inteligencias perezosas o los caracteres impacientes han sacado de esta multiplicidad de motivos, es que el pueblo mexicano tiene una incorregible tendencia al desorden y a la guerra, y que, por consiguiente, es un enfermo imposible de curar.

El número de Presidentes de México en un

siglo, es casi tan grande como el número de caudillos, generales o cabecillas que en los últimos seis años se han llamado a sí mismos «Gobierno legítimo» de México.

Han pretendido ser Gobierno de México todas las formas posibles de administración, desde un Gobierno brutalmente militar, sin organización de ningún género, como el de Zapata o Villa, hasta un Gobierno con apariencias absolutamente democráticas, pero sin cabeza, como derivado de la Convención de Aguascalientes.

Los países extranjeros no saben de México sino lo que dicen los títulos de las noticias de la Prensa, las cuales se refieren exclusivamente a hazañas sanguinarias, batallas, asaltos, voladuras de trenes, hecatombes, fusilamientos, prisiones, destierros, etc., etc.

A juzgar por la clase de informaciones que el pueblo americano ha estado recibiendo con respecto de México, la situación de aquel país es un caos completo, y de ese caos la mayor parte del pueblo americano no saca nada en claro ni aun los hombres que se supondría que deben entender esa situación, por falta de lineamientos generales de interpretación de los hechos ocurridos.

Un estudiante o un sabio que quisiera entender y seguir paso a paso los fenómenos que se

producen en la probeta del químico, o en el recipiente de cultivos del bacteriologista, o en el crisol del metalurgista, o un botánico que quisiera seguir minuto a minuto el desarrollo de la semilla o del injerto, se encontrarían igualmente desorientados.

Ni los fenómenos químicos, ni los fenómenos biológicos, ni los fenómenos sociológicos, pueden estudiarse por la observación directa de los elementos en el momento de que están efectuándose procesos de transformación, sino que es preciso conocer la naturaleza de los elementos, observar el estudio previo de los mismos, y posteriormente, los fenómenos que sobre ellos se han realizado.

Para comprender los fenómenos sociológicos se necesita, más que todo, no una explicación concreta de cada uno de los hechos que se realizan, sino interpretación general de la serie de hechos realizados y de su proceso evolutivo.

Trataré de hacer una interpretación científica de la situación Mexicana.

Situación geográfica.

Geográficamente, México es una alta mesa triangular, con su vértice hacia el Sur y su

base hacia el Norte, comprendida entre dos cadenas de montañas, de las cuales una corre paralela al golfo y otra paralela al Pacífico.

Esta alta mesa, en el Norte, es seca y desierta, y ha sido principalmente el criadero de ganado de México. En la parte Sur es menos seca y menos estéril, siendo esta parte, la llamada propiamente mesa central, la región de los cereales. La vertiente del golfo, húmeda y caliente, es rica para la agricultura tropical, y especialmente dotada de yacimientos petrolíferos; la vertiente del Pacífico es seca y caliente; pero bien regada por nuestras montañas, constituye también una región agrícola importante. Yucatán, un desierto de piedra, sin más producción que el henequen, es una región especial, como la Baja California.

Las cadenas de montañas que corren paralelamente el golfo y el Pacífico, y que se entrelazan para formar la alta mesa central, no constituyen meros espinazos, sino que, abarcando grandes regiones, forman la extensa parte montañosa de México, y son la región mineral del país.

Por mucho tiempo se consideró a México como un país de maravillosa riqueza.

Más tarde se tuvo la idea de que era un país de extrema pobreza. La verdad es que México

tiene grandes riquezas inexploradas, que requieren grandes capitales, y una gran suma de trabajo para su desarrollo.

Población.

Desde el punto de vista de su población, México es un país tan poco conocido como desde el punto de vista geográfico.

Se habla del pueblo mexicano y de los caracteres de ese pueblo sin saber que el pueblo mexicano o la raza mexicana no es un elemento definitivo, sino una población que desde hace cuatrocientos años está continuamente cambiando y se encuentra aún en vías de formación. Las razas indígenas que existían antes de la conquista española, se contaban por cientos. Entre ellas las había de caracteres tan distintos y tan opuestos, que difícilmente se encontraría otro país con un número tal de razas diferentes.

Solamente por comodidad intelectual se habla del «indio de México» en vez de hablar de los «cientos de razas indígenas de México».

Al efectuarse la conquista española, la población indígena quedó desde luego esclavizada. Más tarde, por virtud de los esfuerzos de los frailes españoles para proteger a las razas indí-

genas de México, los indios dejaron de ser esclavos, para pasar a un estado de incapacidad legal.

A raíz de la conquista, comenzó a formarse lentamente una población mestiza, que todavía se continúa formando y reformando constantemente día por día.

En México no hay una población mestiza, propiamente dicha, con caracteres diferentes del indio o diferentes del blanco, sino una población mestiza variable que en ciertas capas, casi se confunde con el indio, y en otras, no se diferencia del blanco.

Por lo demás, la facilidad con que el blanco se mezcla con el mestizo y el mestizo se mezcla con el indio, hace que en México no exista propiamente una cuestión de raza, sino una mera cuestión de educación, pues tan pronto como el indio ha sido educado, se iguala enteramente, para los efectos sociales con el mestizo.

El problema de la población consiste, pues, en unificar y hacer homogénea la raza mestiza, por medio de la educación y del cruzamiento de la raza indígena, procurando la constante disolución de las razas blancas inmigrantes en la raza mestiza.

Este problema no presenta dificultad por lo que hace al cruzamiento de la raza india con la

raza mestiza, pero es muy serio cuando se trata de la disolución de la raza blanca inmigrante. La inmigración blanca de México puede clasificarse, por su número, en el siguiente orden: españoles, norteamericanos, italianos, franceses, ingleses y alemanes. De los inmigrantes blancos de México, el español, casi siempre se asimila, de tal manera, que después de una generación, puede decirse que todos los españoles son mexicanos.

Lo mismo puede decirse del italiano y de otros inmigrantes de origen semítico: árabes, armenios, etc.

El alemán es, después del español y del italiano, el que presenta más facilidades de asimilación. La inmigración alemana se convierte en mexicana después de dos generaciones. El alemán se casa frecuentemente con mexicana y siempre forma hogar y procura permanecer en el país.

El francés sigue al inmigrante alemán, en facilidad de cruzamiento.

El inmigrante americano, raras veces se convierte en mexicano. El pequeño porcentaje de inmigrantes americanos que forman hogar en México o que se casan con mexicanas, conservan la ciudadanía americana, educan a sus hijos en el extranjero, y puede decirse que el 95 por

100 de los inmigrantes americanos permanece americano, social, política y étnicamente.

El inmigrantes inglés, sólo por mera excepción, llega a convertirse en mexicano. Nunca se casa con mexicana y sus hijos son casi siempre educados en el extranjero.

Estas breves explicaciones sobre la facilidad de asimilación de la población blanca, explica también muchas cuestiones políticas y económicas existentes en México, respecto de la situación de los extranjeros.

Problema de educación.

Las dificultades para la solución del problema de raza son, por consiguiente, las dificultades de asimilación de la población blanca en la población mestiza y la falta de educación en la población indígena, que es el único obstáculo que encuentra la misma para mezclarse con la población mestiza.

México tiene un problema de educación que puede enunciarse con sólo decir que hay un 80 por 100 de analfabetos en nuestro país. La educación en México ha tenido diversos obstáculos, de los cuales, los principales han sido el sistema de latifundismo, que ha necesitado de peones,

propiamente esclavos para el trabajo, y la acción de la Iglesia Católica Romana durante el siglo XIX que ha ayudado al latifundismo a conservar a la raza indígena en la ignorancia.

La acción de los frailes españoles en los siglos XVII y XVIII, y, en general, del clero católico en esos siglos, puede decirse que fué constantemente benéfica para la raza indígena; pero cuando el clero se enriqueció considerablemente y la iglesia se convirtió en terrateniente, ella misma, la acción benéfica de la Iglesia Católica, para la educación de las razas indígenas de México y de la población rural mexicana en general, dejó de existir y comenzó una acción contraria; es decir, la tendencia de la Iglesia a conservar la población rural en la ignorancia.

Los Gobiernos anteriores, o no se dieron cuenta del problema o no quisieron educar a las clases indígenas y proletarias. La mejor demostración del fracaso de la Iglesia Católica como educadora de las clases indígenas es que después de cuatrocientos años de absoluto dominio de la Iglesia Católica en materia de educación, existe todavía un ochenta por ciento de analfabetos.

La tendencia del Gobierno revolucionario es, no sólo quitar los tropiezos que pudiera tener el Gobierno de México, sino dedicar una parte

considerable de sus esfuerzos y de los fondos públicos a la educación de las masas.

Problema religioso.

México no tiene problema² religioso propiamente dicho. El sistema español de patronato de la Iglesia Católica por los Reyes de España, dió un poder temporal omnipotente al Clero, el cual duró hasta el año de 1860 en que por virtud de la guerra de Reforma, la Iglesia fué despojada de sus propiedades e incapacitada para adquirir bienes raíces y privada enteramente del poder temporal.

Durante el largo Gobierno del general Díaz, el clero católico volvió a recobrar, poco a poco, en formas disfrazadas, su poder temporal, y a rehacer parte de su fortuna. En la actualidad existe la tendencia de algunos miembros del clero católico a recobrar el poder temporal que la Iglesia había tenido hasta antes de 1860. La tendencia del Gobierno revolucionario es hacer efectiva la absoluta separación entre la Iglesia y el Estado, e impedir que el clero de México recobre su poder temporal, dejándolo, sin embargo, su más absoluta libertad en el terreno religioso.

Problema agrario.

El problema agrario de México depende de las condiciones geográficas y étnicas del país.

El sistema colonial español de grandes mercedes territoriales; la constante absorción de propiedad raíz por el clero durante el siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX y el sistema de concesiones de terrenos baldíos adoptado durante la segunda mitad del siglo XIX, crearon y continuaron un estado de latifundismo que ha sido la principal fuente de malestar en México durante ese mismo siglo. Como consecuencia de tal latifundismo, se ha producido un estado constante de servidumbre de las clases rurales de México, que generalmente se conoce con el nombre de peonaje.

El problema agrario de México consiste en la destrucción del latifundismo, tanto para facilitar la formación de la pequeña propiedad como para efectuar la dotación de ejidos a los pueblos. El problema agrario incluye la división de la gran propiedad y un sistema de impuestos para la propiedad rural que impida la construcción de las grandes propiedades. Hasta la fecha, la gran propiedad rural puede decirse que casi no ha pagado impuestos.

Problemas económicos.

La falta de capitales mexicanos ha hecho que la minería y las demás industrias mexicanas no hayan podido desarrollarse sino por medio de inversiones de capitales extranjeros.

El Gobierno español creyó que el desarrollo económico de México debía basarse en el monopolio territorial y comercial concedido a los españoles peninsulares.

En la explotación de las riquezas naturales de México, el sistema seguido por las administraciones pasadas y especialmente por la de el general Díaz, fué el de concesiones, de tal manera privilegiadas, que hacía imposible la competencia de futuras empresas con las empresas previamente establecidas.

Es decir, un sistema de privilegios y monopolios que abarcaban no solamente la industria minera, la industria petrolera y la industria de la fuerza eléctrica, sino toda clase de industrias y manufacturas, el comercio y la banca, puede decirse que en general; el desarrollo económico de México durante la administración del general Díaz, era el desarrollo de los grandes negocios basados sobre el privilegio.

La tendencia general del Gobierno Revolu-

cionario de México, es obtener un desarrollo económico basado en la libre competencia, y de tal naturaleza, que el desarrollo de los negocios existentes no sea motivo de imposibilidad para el desarrollo de los negocios futuros.

Desde este punto de vista, el capital extranjero invertido en México sobre el sistema de privilegios se considera atacado por la actual Revolución; pero entendiendo bien la tendencia general de la Revolución Mexicana, ésta abre un campo de acción para la inversión de capitales extranjeros mucho más amplio que el que ha existido hasta ahora.

Problema comercial.

La falta de vías fluviales navegables, gran altura de la Mesa Central sobre el nivel del mar y lo accidentado del terreno, ha hecho que en materia de vías de comunicación México tenga que estar atendido enteramente, para sus comunicaciones, a un sistema de vías ferrocarrileras que puede decirse son las únicas existentes en el país en la actualidad. Debido a estas dificultades, el Comercio de México se ha hecho sobre bases enteramente erróneas, limitándose al comercio de importación y exportación, sin pro-

curar un fácil intercambio de productos en el interior. El comercio mismo ha sido, hasta cierto punto, la única fuente de ingresos fiscales, principalmente el comercio de importación, pues el de exportación, por mucho tiempo, ha estado exento de derechos, aun respecto de materias primas que se exportan en crudo.

La tendencia del Gobierno Revolucionario a este respecto consiste en el controlamiento efectivo de las vías por parte del Gobierno, por ser éstas las únicas vías de comunicación con que ahora cuenta el país, y en el fomento de vías auxiliares, carreteras, en las que encuentre su pleno uso el petróleo y la fuerza hidroeléctrica.

Problema industrial.

El desarrollo industrial de México data apenas de unos veinte años; pero éste se ha hecho todo sobre un sistema enteramente artificial, consistiendo en una excesiva protección a las industrias recientemente establecidas, lo cual ha dado por resultado, no solamente que esas industrias sean inciertas y tengan una vida precaria, por falta de bases mercantiles, sino que impida, al mismo tiempo, el establecimiento de nuevas industrias competidoras.

La tendencia del Gobierno Revolucionario de México consiste en poner el desarrollo industrial del país sobre bases enteramente mercantiles, apartándose del sistema de protección, concesiones, privilegios y monopolios, sobre el que se ha basado hasta ahora ese desarrollo.

Problema político.

La diversidad de tipo de civilización del indio, el mestizo y el blanco, constituyen en México un serio problema social y político, que puede enunciarse diciendo que es necesario encontrar una fórmula de Gobierno que sirva al mismo tiempo para un tipo de civilización medioeval, como es el mestizo, y para un tipo de civilización moderna, como es el inmigrante extranjero o el criollo educado. De no ser esto posible, sería preciso encontrar diversas fórmulas de Gobierno y diversos regímenes para cada uno de los elementos que forman la población de México.

Las leyes políticas de México, hasta el tiempo del general Díaz, habían sido siempre meramente teóricas y comparativamente avanzadas; pero nunca se habían hecho efectivas, lo cual producía una considerable desigualdad jurídica y económica.

El problema político de México consiste en hacer que las leyes políticas y civiles sean efectivas. Para eso es necesario, ante todo, encontrar las fórmulas políticas y legales conforme a las cuales debe gobernarse México, para que una vez dictadas esas leyes puedan aplicarse, efectivamente, lográndose así la igualdad de derechos entre todos los hombres.

Problemas internacionales.

Merecen especial mención los problemas internacionales de México.

El problema internacional político de México, propiamente dicho, consiste en sus relaciones con los Estados Unidos.

Después de la guerra del 47, que costó a México la mitad de su territorio, los mexicanos no han podido tranquilizarse todavía respecto de la tendencia de absorción que todos los países latinoamericanos atribuyen a los Estados Unidos. Durante la Revolución Constitucionalista, después de la ocupación de Veracruz y de la expedición punitiva de Columbus, los temores de México respecto de un conflicto con los Estados Unidos han aumentado considerablemente, sobre todo, desde que se sabe que hay un partido

político en los Estados Unidos que frecuentemente pregona la intervención.

Las repetidas y públicas declaraciones de no intervención del Gobierno Democrático de los Estados Unidos, no han sido suficientes para tranquilizar la aprensión de los mexicanos.

Como vecino de los Estados Unidos, México tendrá siempre como problema internacional el peligro de un conflicto entre aquellos y alguna potencia europea o asiática. Los enemigos de este país, que en el fondo no son sino enemigos del continente americano, procurarán siempre hacerse pasar como amigos de México y aprovechar cualquiera clase de resentimientos o desconfianzas que México pudiera tener contra los Estados Unidos. México, sin embargo, comprende que en cualquier caso de conflicto de los Estados Unidos contra cualquier otra nación que no sea americana, su actitud debe ser de entera solidaridad continental.

Desde este punto de vista, el Gobierno Revolucionario ha seguido un sistema de mucha mayor franqueza, firmeza y consistencia en sus relaciones con los Estados Unidos, poniendo siempre de acuerdo sus hechos con sus palabras, y procurando sinceramente una inteligencia con el pueblo y con el Gobierno de los Estados Unidos.

El verdadero problema internacional de México, consiste en la protección de vidas y propiedades de extranjeros y en la condición de los extranjeros en relación con los mexicanos.

Por virtud de la falta de explicación de las leyes políticas y civiles a los mexicanos, y de la protección diplomática de que siempre han gozado los extranjeros, poco a poco vino formándose para éstos una condición legal privilegiada en relación con la de los nacionales. A este respecto, el problema de los extranjeros en México, consiste en procurar que estén en la misma condición dada al extranjero, sino mejorando la condición del mexicano.

Esa misma situación del extranjero en México ha hecho que llegue a mirarse con desconfianza el constante aumento de inmigrantes y de capitales invertidos en el país que, naturalmente, significan el crecimiento de una clase privilegiada.

El problema para México es encontrar el modo de que los capitales y las personas de los extranjeros puedan inmigrar e invertirse ampliamente en México, ayudando a su progreso, sin conservar su condición privilegiada, de modo que ese aumento de capitales extranjeros y de inmigrantes, en vez de llegar a ser una creciente amenaza de la soberanía de México, contribu-

ya a la consolidación de ésta y de su independencia como nación.

Los problemas anteriormente enunciados, son considerablemente complejos y mal comprendidos.

Los Gobiernos anteriormente existentes, habían creado tal suma de intereses, y éstos están tan fuertemente ligados con la suerte del Gobierno, que en los últimos años del general Díaz llegó a palpase y a saberse, por experiencia, que era imposible encontrarle una solución de carácter pacífico y evolutivo. La transformación lenta de todo el sistema por medio del Congreso y de las Legislaturas, para modificar las leyes y reformar el Gobierno en general y los sistemas económicos, habría requerido probablemente un siglo entero de esfuerzos, y todavía es seguro que todo intento de solución habría encontrado considerables dificultades, que habrían orillado a la guerra civil.

Después de la reelección del general Díaz en 1910, se vió claramente que el propósito de aquélla era perpetuar la misma forma de Gobierno y el mismo sistema que hasta entonces se había seguido. El pueblo comprendió que no era posible transformar nada por medios pacíficos.

El pueblo mexicano tuvo, pues, que apelar a la fuerza para destruir un sistema contrario a

su libertad y a su desarrollo, y los seis años de luchas intestinas, de aspecto caótico, que han transcurrido, significan para México el proceso de su transformación sociológica.

No es posible hacer una interpretación científica de la Revolución de México, a menos que los hechos ocurridos se tomen en conjunto y se analice un período considerable de tiempo. Todos nosotros sabemos que se hacen análisis y estudios y se sacan conclusiones sobre asuntos de la mayor importancia de hechos incompletos que se publican diariamente en la Prensa de los Estados Unidos, que es la peor manera de obtener conclusiones ciertas.

No he conocido un solo país, no en Europa ni en Sudamérica, en donde se llegue a una conclusión o se escriba un editorial, sino hasta después de transcurrido un período razonable de tiempo que justifique la deducción de dichas conclusiones. Pero en los Estados Unidos la avidéz de las noticias de la curiosidad pública, se malinterpretan por una insaciable curiosidad de ideas, motivo por el cual es éste el único país del mundo en donde se escribe un editorial la misma mañana en que se publica un simple rumor sobre algún asunto.

Este modo de estudiar hechos sociológicos, me produce el mismo efecto que el intento de

un estudiante de física que estudiara el movimiento del péndulo, y que en vez de esperar a que se completara el movimiento y ocurriera cierto número de oscilaciones, tuviese tal ansiedad de llegar a conclusiones científicas sobre cualquiera de las posiciones del péndulo, que tomara cualquier momento de la oscilación para calcular la dirección exacta del centro de la tierra. La conclusión a que llegaría ese estudiante, sería la de que la tierra está loca y su centro cambiando constantemente de un lugar a otro.

Se dice que la Revolución Mexicana no es propiamente una Revolución, sino un período anárquico que los países que se encuentran en paz consideran innecesario, y, sin embargo, si pueden mostrarse con hechos que la Revolución Mexicana ha seguido exactamente el curso natural de toda Revolución, y si puede demostrarse que en la actualidad misma el Gobierno Revolucionario de México sigue un programa bien definido de reconstrucción de un nuevo régimen, debería llegarse a la conclusión de que el pueblo mexicano no está haciendo una obra de locura destruyendo a ciegas sus riquezas y sus hombres, sino una obra de transformación, dolorosa pero necesaria, de la cual deben esperarse resultados que compensen los sacrificios que en la actualidad se hacen.

La Revolución Mexicana no es sino la insurrección del pueblo mexicano contra un régimen muy tiránico y muy rico, encarnado en un Gobierno fuerte, el del general Díaz, y contra el sistema social, político y económico que sostenía a ese Gobierno. Dicha revolución tuvo como prodromo la revolución de Madero. Pero Madero no vió más que el lado político de la situación mexicana y pensó que un cambio de Gobierno era suficiente para efectuar un cambio en las condiciones generales del país. Madero transigió con el régimen del general Díaz y consistió en gobernar con las mismas leyes, con el mismo sistema y hasta con los mismos hombres con que había gobernado el general Díaz. Mas necesariamente tuvo que fracasar, porque no había hecho labor propiamente destructiva ni había construído ningún régimen nuevo.

El asesinato de Madero y la dictadura de Huerta, no fueron sino un intento de reacción hecho por el antiguo régimen, con sus mismos hombres, con su mismo dinero, su mismo poder, sus mismos sistemas, y con tendencias a restablecer enteramente las mismas condiciones que existían en tiempo del general Díaz.

La Revolución Constitucionalista marcó desde un principio su línea de conducta. El plan de Guadalupe, expedido por don Venustiano Ca-

rranza en marzo de 1913, a raíz del asesinato de Madero, es el plan revolucionario más puro que podría imaginarse para la destrucción del antiguo régimen. Dicho plan implica el absoluto desconocimiento del Poder Ejecutivo, del Poder Legislativo y del Poder Judicial que habían existido hasta entonces, y el uso de la fuerza para la destrucción del Gobierno de Huerta, que estaba apoyado en el ejército del general Díaz en el poder de los terratenientes y en la influencia moral del Clero Católico.

Se siguió un período de guerra sangrienta, y cuando por fin Huerta quedó derrotado y el jefe de la Revolución Constitucionalista llegó a la ciudad de México, se creyó que había concluido el período destructivo de la Revolución Mexicana; pero sobrevino, como tenía que sobrevenir, el período extremadamente anárquico y caótico de aquella Revolución.

A fines de 1914, la situación mexicana fué la más confusa que ha existido nunca. Fué, sin embargo, en esos momentos y en medio de esa extrema confusión cuando don Venustiano Carranza, como jefe de la Revolución Constitucionalista, trazó los lineamientos generales sobre los cuales debería efectuarse la reconstrucción de México. Dichos lineamientos están comprendidos en el decreto de 12 de diciembre de 1914.

Tal ha sido el desarrollo de la Revolución Mexicana y tal es la interpretación que debe darse a los acontecimientos pasados, presentes y futuros de esta Revolución, cualesquiera que sean los hombres que se encuentren en el Gobierno.

Si Carranza y los que se hallan a su lado son personalmente arrastrados por un nuevo período anárquico, y si tienen que morir o que apartarse, esto no significará que mis conclusiones estén equivocadas; querría sólo decir que un hombre no es siempre un escalón entre dos regímenes. Ha habido casos en que una revolución se ha efectuado durante la vida de un hombre, como Cronwell o Wáshington: en otras ocasiones una larga lista de héroes y mártires se ha requerido para completar la transformación de un pueblo, desde Mirabeau hasta Bonaparte.

En México hemos tenido tres revoluciones:

Nuestra Revolución de Independencia en 1810 no se llevó a cabo por un solo hombre. Hidalgo la inició y murió sin haber visto el fin. Morelos la continuó y desapareció también antes de que nuestro país fuera libre. Guerrero fué el único que le tocó ver la consumación de nuestra Independencia.

En 1857, sólo a Juárez le tocó ver el principio y el fin de la Guerra de Reforma.

La actual Revolución ha causado ya la muer-

te de Madero. Si Carranza no ve el fin del movimiento, ello no cambiará el desarrollo de la Revolución; significará sólo que el mismo Carranza y los hombres que lo rodean, no son sino meros eslabones de la cadena de hombres que habrán de sacrificar sus vidas por la libertad y el bienestar del pueblo mexicano.

Creo sinceramente que los Estados Unidos necesitan estudiar la Revolución Mexicana, no sólo por interés hacia México y por conveniencia propia, como vecinos de nuestro país, sino como ejemplo de una revolución efectuada en pleno siglo xx.

Deseo a los Estados Unidos una gran prosperidad y una larga paz, y deseo a este gran país que la resolución de todos sus problemas se haga por procedimientos legales y pacíficos.

Los pueblos, cuando se equivocan en su desarrollo, tienen que hacer revolución.

Si esa revolución puede hacerse sin alterar la paz, se evitarán todos los males innecesarios que la revolución puede causar a un país, y se aprovecharán todos los beneficios que la revolución trae necesariamente consigo.

Bernad Shaw dice que la revolución en Inglaterra es una institución nacional, porque el pueblo inglés, por procedimientos democráticos, puede hacer una revolución cada siete años, si

así lo desea. El Referendum anglosajón no es más que el derecho a una revolución pacífica.

El pueblo mexicano no goza de ese derecho, y se ha visto obligado a hacer una revolución sangrienta y costosa para la conquista de sus libertades y su bienestar. He allí la razón.

Una revolución no es siempre una fuente de males y de lágrimas, como un incendio no siempre es mera destrucción. Los campos inexplorados de las regiones templadas pueden abrirse a la agricultura, explotando la riqueza forestal al mismo tiempo que preparando el suelo para los futuros cultivos; en las regiones tropicales, sin embargo, la manera más común de preparar los campos para el cultivo, es limpiándolos con un gran fuego, que si bien consume grandes riquezas nacionales, quema al mismo tiempo la maleza inútil y purifica y fortifica el suelo, economizando así una gran cantidad de trabajo.

Luis CARRERA

UN POETA NUEVO

A una mano generosa.

Canto una noble, generosa mano
por la que el oro, pródigo corría;
consuelo de dolientes, bella y pia
mano de gran señor y de cristiano.

Un anillo ostentaba, gaje vano
de un muerto amor, que floreció en su día
y las caladas guardas oprimía
de una espada de acero toledano.

Su dueño fué español, y caballero
al servicio del Rey, dió placentero
su sangre, su quietud y su tesoro.

Y derrotado en cortesana intriga,
sin tener ya que dar, dió a una mendiga
la limpia espada y el anillo de oro.

Glosa a la divina comedia.

Sofé que con Virgilio recorría
 los ignotos abismos, como Dante,
 y que al pie de un camino serpeante,
 contemplaba un letrado que decía:

«Atrevido mortal, aquesta vía
 lleva a la patria del dolor constante
 y conduce también a la triunfante
 mansión de beatísima alegría.»

—Maestro—pregunté—, ¿qué senda es ésta
 que al Orco guía y al Edén? Dudosa
 la mente queda ante el profundo arcano—.

Y con voz apagada y despaciosa
 moduló el claro vate esta respuesta:
 «Es el camino del amor, hermano.»

La leyenda del potro y del halcón.

*Los amigos y devotos de las fables de otra edad,
 coronistas y troveros castellanos, escuchad
 cómo el pueblo de Castilla rescató su libertad.*

Fué en el tiempo en que Castilla tuvo feudo
 con León;
 nuestro conde al rey pechaba, como el siervo
 a su señor;

era el conde aquel guerrero que a Sepúlveda ganó;
el rey era Don Ordoño, muy famoso cazador.

¡Mañanicas de mi tierra!
¡Campos de oro bajo el sol!
Era en una mañanica
más alegre que el amor;
a cazar el rey y el conde
por el llano van los dos;
cazaba Fernán González,
y el rey non cazaba, non.
Si algún corzo saltó al campo
presto el conde lo alcanzó,
que volaba más que el viento
su caballo corredor;
y las garzas, no en las nubes
se guardaban de su halcón,
que era de alas aguileñas
muy osado y muy veloz.

—Vendedme, por Dios, buen conde, vuestro potro
y vuestro halcón,
que por ellos he de daros cuanta plata pidáis vos;
San Cebrián la bien cercada, los molinos de enredor,
y las villas y castillos de Briceña y Fuente de Hoz.
¡Por bien menos hubo un hombre que vendió
a Nuestro Señor!

—Si quisiérades, el rey, mi caballo y el mi halcón,
non me habéis de dar dineros, que dineros tengo yo,
ni molinos ni lugares, que los míos buenos son.

¡Libertadme de que os peche como el siervo
a su señor!

Dad por libre a mi condado de los Fueros de León—
Le pesaba a Don Ordoño, pero al cabo lo otorgó.

¡Libertades rescatadas con un ave y un bridón!
En diez siglos por guardaros, ¡cuánta sangre
se vertió!

Las dos prendas del rescate, de Castilla emblema
son;
porque es noble y porque es brava como el potro
corredor,
y son altos sus anhelos, como el vuelo del halcón.

El doctor Andrés Loguna, médico del Papa
y del Emperador.

Toda Europa se admira de la ciencia
de este nuestro patricio esclarecido;
su profundo saber ha sorprendido
a los doctos de Roma y de Florencia.

El César sus talentos reverencia;
del duque de Lorena es gran valido,
y con espuela y yelmo ha ennoblecido
el Pontífice Julio su sapiencia.

A la par que averigua las virtudes
de plantas de apartadas latitudes,
entre pueblos y príncipes lejanos,

recuerdan sus escritos con cariño
el tiempo en que buscaba, siendo niño,
las yerbas de los campos segovianos.

JUAN DE CONTRERAS Y LÓPEZ DE AYALA

Prefacio para la historia de la crítica artística española de fines del siglo XIX y comienzos del XX

Estas líneas quieren hacer el esbozo de cómo fuimos: un a modo de toque de atención, sin más objeto que abreviar el camino al historiador que un día se ocupe de las actuales andanzas españolas.

En todo tiempo se fueron a la greña los hambrientos con los hartos, y la vida se vió salpimentada de ironías y sátiras, de lágrimas y risas; pero lo cierto es que de semejante baraunda y vocerío, el hombre salió mejorado; y lo que una colectividad pierde, otra lo desquita con creces. Lo cual quiere decir que la humanidad jamás está quieta, ni conforme, y mientras una parte se dorme en la molicie, otra, vigilante, atesora felicidad.

La bondad, hágase donde quiera, a todos alcanza: ¡qué admirable concierto! Traigo esta reflexión para el propio consuelo, pues no porque nuestra cooperación falte en estos momentos dejamos de aprovechar la ajena.

Ningún período histórico es de más interesante y difícil estudio que el de las decadencias. La razón es obvia. Los valores individuales y sociales de los pueblos que decaen, o incapaces de levantarse, no cumplieron con su deber, ni su crítica clamorosa fabricó más que comedias de virtudes y grandezas. Y como todo anduvo trastornado y en desorden, no fué hacedero esclarecer los fraudes y adulteraciones, para honra de la justicia y vituperio de los falsificadores.

En aquellos otros tiempos, de crecimiento y prosperidad social, los sucesos llevan escritos en la frente sus causas: nada va oculto, torcido, ni hijo de intriga o de traición; una sana moral determina las espontáneas y leales acciones. Entonces el ser justos no es excepción, y el egoísmo y la superchería viven en descrédito, sin entorpecer la buena vida del hombre. El juicio crítico en este caso encuentra poca confusión, y la claridad penetra en los rincones de las almas poniendo en evidencia la historia verdadera.

Así como, en los pueblos sanos de espíritu, las virtudes se dan la mano y entre sí van bien

concertadas, así los vicios y las desmoralizaciones se suceden y subordinan en las sociedades enfermas; y, a partir de la cabeza, la sanies se extiende y propaga por todo el cuerpo, sin dejar aparato, función ni órgano que no quebrante.

La crítica de arte es una secuela de la crítica política. Cuando la política cultiva la salud de los hombres, una ráfaga de sana moral orea las ciencias y las artes. En cambio si, tocada del espíritu del mal, la política recurre a engañosos procedimientos, viene el contagio y la verdad se disfraza en todas partes. La desmoralización surge de los hombres públicos que con sus halagos o sus imposiciones enervan las conciencias hasta la completa sumisión. En un principio la coacción pública suspende las malicias; pero éstas no tardan en adornarse con los atavíos de la verdad. En los menesteres del arte y de la ciencia, el contrabando es de más fácil disimulo. Aunque la mala crítica marcha al compás de la mala política, aquella es la que principalmente mata la fe en los ideales y en los hombres y propaga la podredumbre, cegando el camino de salvación.

Entre la crítica de estómago gruñón y acomodaticia conciencia que pulula en las decadencias, no es raro ver saltar el genio, que precisa el estímulo de la indignación, para alumbrar sus

obras magníficas. Entonces los grandes artistas hacen de críticos, y con la verdad y la belleza protestan de la abyección.

El estado espiritual de España le han falsificado por ahora de tal suerte, que sería conveniente quemar las plumas y clavar las impresas. Cuando el estruendo de charlatán de feria se apague, después que esta turbulencia de aluvión se serene y decante, la crítica dejará bien poco en pie de lo que la fama exaltó y de los bronces de las estatuas se harán aldabillas para los establos.

No es al cortísimo número de críticos honrados a quienes me dirijo, ni al montón bajo cuyo estrépito de bombos se oscurecen aquellos: huelgan explicaciones para quien sustenta la verdad y para quien la disfraza, ya que los unos no tienen nada que aprender y a los otros les sobra malicia para olvidar su obligación; pero sí pretendo que las quejas lleguen al público, para que viva prevenido contra las ponzoñas.

No echaría pestes de la gente literaria a que aludo si el mal se limitase a unas cuantas pintas de sarampión con pasajero quebrantamiento; pero la enfermedad es muy honda y su trascendencia alcanza a toda la masa social. ¡La astucia de la pluma! ¡Ya lo creo que sabe del egoísmo y cobardía colectivas! Ni la virilidad ha po-

dido venir a menos, ni la audacia vocinglera a más.

Comanditas atrincheradas en las redacciones de los periódicos y revistas, se erigen en altísimo tribunal repartidor de honores y mercedes. Y ¡ay! del que no dé por validas sus excomuniones y humilde no se someta; entonces verá la grandísima soberbia de los Padres de la Iglesia, o la ruin matonería de navaja y trabuco; pues de entrambos procedimientos echan mano, según los tiempos y las circunstancias. ¿Quién se atreve con tales enojos? ¿Quién no teme sus fallos? ¿Qué alimento o medicina que no falsifique, virtud que no anuble, cielos ni tierra que no conturbe y disfrace con intenciones y sátiras de una pluma pecadora? A la Prensa, como al Gobierno, se la teme más que se la quiere. Y desde que se ha constituido su gremio acrece su soberbia hasta caer, en lo que cae siempre la fuerza, en el egoísmo. Estos días la corporación ofendida preguntaba a los empresarios de teatros, si los regalos de butacas eran a cambio de reclamos; y yo añadido si el llevar y traer al retortero la farándula, para cuantiosos *beneficios* a la Prensa, era o no, de espontáneo y alegre sacrificio. Como si a los empresarios les gustara lo de la badila en los nudillos. Tales preguntas huelen a intimidaciones. Lo menos turbio sería

que cada cual pagara lo suyo, y que no se prosituyeran recíprocamente. Pero, quien manda, manda; que por algo aprendieron los periodistas, bajo la subordinación de los hombres públicos, a ejercer la tiranía.

La sociedad española, con un barniz de libertad y justicia por fuera, por dentro teme y trata de cubrir sus rencores bajo el manto de una hipócrita discreción. En la lucha individual, como en la guerra entre naciones, es de fundamental estrategia ocultar al enemigo sus designios, para que no se percate del punto y momento del ataque. Tras la discreción, velan sigilosas las intenciones traidoras, que sorprenden a la nobleza. Toda sociedad insidiosa y desleal, mata a fuerza de discreción sus más puros afectos, las primicias espontáneas, las miradas francas y generosas, las dulces intimidades del corazón.

Aunque la discreción española es forzosa consecuencia de su ambiente moral, no por eso deja de ser una virtud repulsiva. Así nos explicamos la parquedad y encogimiento de pintores, músicos y literatos, que siendo los aptos para juzgar, jamás despegan los labios, y, discretos y prudentes, dejan la sanción a la ignorancia del público y a la mala fe de críticos y revisteros. Este es el reinado del temor y del egoísmo. Ejemplo bien patente nos ofrece España de so-

oiedad timorata ante la tempestad desencadenada en Europa. Se dice que estamos divididos en dos bandos: de franceses y germanos. No es cierto. Lo que en esta tierra discreta, más discreta que ninguna otra, vemos, son unos cuantos atrevidos, que dicen ser liberales, y afrancesados, por lo tanto, y otros, no pocos, que añoran los tiempos de Calomarde, bajo la tutela del militarismo prusiano y del clericalismo español. Pero, además de estos dos partidos, que por lo candorosos pudiéramos llamar de niños de teta, viene el verdadero macizo burgués, que en la ciudad y en el campo se remansa como fruto de nuestra vieja historia dañada por la tiranía. Este tercer partido que surge de la podredumbre burguesa, constituye la dirección nacional, y no es otra cosa que la carnaza de Sancho, sin su natural bondad y hombría de bien; es la gente reposada y prudente, la que no se deja arrebatar; la cautelosa; la que sonríe a hurtadillas con aire de superioridad; la que en todo litigio dice que el silencio es oro; la sumisa, que no tiene idea propia y desprecia la ajena; la ingrata y olvidadiza, la que saluda con mentirosa inclinación; la sierva, que no pierde de vista el látigo y pide un amo. Esta y no otra es la gente cuca que interviene en las polémicas con solemne gravedad y para dar ejemplo de tranquila e indulgente tole-

rancia; pero, sin dar a conocer su opinión y sin sumarse a otra alguna, ya que una mayoría sincera cortaría de raíz todas las querellas. Este tipo es el que se llama en España modelo de discreción y de prudencia; que es el que logra vivir en santa calma y acumula riquezas. Yo protesto contra quien dice que la honradez abre el camino a la riqueza. Lo dicen los interesados y aquellos de entre los pobres que adulan al poderoso. Este tipo es la escuela del infame despotismo, que somete las conciencias, rebaja la moral, y poco a poco, mata los caracteres. No es verdad que en España nos hayan oprimido con más tiranía que al presente. Si bien en un tiempo hubo un César, hoy hay mil caciques cobardes y vengativos, con la prepotente soberbia de aquél y sin ninguna de sus grandezas. A pesar de tales antecedentes históricos, yo denuncio a nuestra adinerada y arrogante burguesía, clerical y militarista, como la más egoísta y cobarde del mundo y acreedora a grandísimo castigo. Esta malísima gente es la que, pasándose de lista, mira hacia dentro y ve su conciencia ansiosa de justicia y repleta de remordimientos.

Nadie se desprestigia por ser espontáneo, leal y sincero; y no hay mayor honradez que la verdad. La verdad no debe temer ni respetar nada, a no preferir que prevalezca la mentira. Lo de

paz a los muertos, lo dicen los pícaros vivos. La tolerancia del silencio para con el error, es trabajar traidoramente contra la salud pública, y es no tener confianza en sus fuerzas y atrincherarse astuto por previsora ouquería. Tanta hipocresía deja caer la crítica en esa turba que no ve más que su capricho o su interés.

La falta de valor cívico tiene su disculpa en la actual organización social. En este país, los organismos del Estado encargados de pesar y medir la cooperación de sus asociados, de distribuir beneficios y honores, de dirimir en concursos, competencias y pleitos, resuelven, no con arreglo a justicia y merecimientos, sino con el más cínico menosprecio del sentido moral. En tal ambiente el odio se acumula en la multitud y las protestas se aquietan a fuerza de tiranía. Este verdadero despotismo ha creado el fondo de nuestro carácter nacional, que, salvo entre moros, dudo lo haya más innoble y desleal. Bajo esta preparación espiritual la Oligarquía, que manda y reparte beneficios, vive azorada, y, sin saber medir el peligro, escandaliza y atropella sin reparo. Todo está preparado para que triunfen las malas causas por los medios más detestables. Resultado: una sociedad sin satisfacción interior, rebelde y vengativa. Nadie está conforme en el puesto que ocupa, pues sucede que en

la clasificación de valores sociales, la inteligencia, la honradez y el celo están relegados a último término: cuyo resultado es una vida de injusticia dentro de un pueblo revolucionario, en el cual el rabo está a la cabeza y ésta a la cola.

Si la colectividad tuviera conciencia .. pero, desgraciadamente, anda entontecida en los embustes de una crítica desmoralizadora.

El público no se atreve por sí solo a dar opinión por miedo a equivocarse, y la rapacería se lo da todo hecho. De antemano, con misericordia solapada y arrogante poca vergüenza, cállate, bobalicón, le dice, y atiende, pues ya sabes que soy la excelsa razón. Y el rebaño repite los balidos. Después de todo, es mucho más cómodo no tener que pensar. Y respecto a la perversidad de conciencia que la fabrican y a las falsas reputaciones que levanta con su espalda... ¡allá ellos! Así, sin salir de la ignorancia, agobiado y sin defensa, se entrega a esa crítica incompetente y de maliciosa prestidigitación.

Si los hombres inteligentes y buenos supieran que con la verdad tenían la batalla ganada a peca costa, no desconfiarían del público, pues lo que a éste le falta es seguridad en su propia sabiduría: razón que le exige conductor que le guíe. La menor indicación basta para afirmar al público en su verdadero sentimiento, así como

se da por equivocado y sucumbe entre el estruendo de la malicia.

La crítica preclara, limpia de corazón y salvadora, no ha llegado entre nosotros. El oficio ha caído en descrédito. Y si los hombres de mérito y sinceros no defienden lo de todos, queda el campo y la dirección nacional por la bribonería burladora.

ENRIQUE D. MADRAZO

12 febrero de 1917.

LIEBRE POR GATO

Historias de París.

A ENRIQUE FREYMAN

Vivía en la calle de Vercingetorix, en una de esas casas del viejo y adorable París, que conservan todavía en el sotabanco de la respetada conserje su llavero con departamentos pequeños donde cada cliente por las noches toma su bujía, para comenzar después el pesado ascenso a las buhardillas paupérrimas.

Estaba sólo con mi hambre, mi pereza y... mi talento. ¡Qué demonio! ¿Por qué no he de confesarlo paladinamente, cuando ni protestas ni envidias ha de provocar mi genio ignorado? La modelo que utilizara me abandonó, dándome un prolongado beso de admiración y de piedad al decirme la despedida: «Au revoir, mon trésor; quan tu avra le sou, je reviendrai.» (Hasta la

vista, tesoro mío; cuando tengas dinero, volveré.)

Los colores caros, el cadmiun, la laca de zaranja, el verde esmeralda, estaban íntegros en las telas que me ví obligado a empeñar en la Rotonde por unas tazas de café. Mi pincel sólo podía trabajar ocre, tierra de oíeno, y mi último cuadro, decididamente «cubista», requería lapizlázuli ¡a trescientos francos el tubo! ¡Un imposible!

Esa mañana desperté muy temprano, con una necesidad de comer terrible. Resolví soñar, durmiendo todo el día. A las siete de la noche no pude resistir más; necesitaba tomar algo, aunque fuese aire. Me despecé, abrí desmesuradamente los ojos, crispé las manos y me di cuenta de que ni los cobertores ni las mantas que siempre me fueron fieles estaban conmigo. Mi lecho era una *enérgica* tabla con periódicos cosidos unos a otros, que hacían de colchón. Mi abrigo lo formaban *Le Matin*, *Le Journal*, *La Libre Parole*, *L'Humanité*, *L'Homme Enchaíne*, *Le Petit Journal* y algunos números de *Le Temps*, *Fíguro* y *Excelsior*, pocos, por ser los más caros; sí, señor; la Prensa unida, irónica y misericordiosamente unida para amparar a un pobre, si no de la miseria, sí del frío...

Me vestí con una lentitud verdaderamente

filosóficas; arreglé mi natural desarreglo cuanto más pude, y salí. ¿Triste?—dirán los pesimistas—; no, señor; con una íntima felicidad, pensando en la próxima comida, y con un desdén olímpico por la Humanidad, mi espíritu optimista de siempre, y mi amor a la Belleza como triunfal recurso.

Llegado al portalón, las manos en los bolsillos del raído saco, el sombrero de alas anchas embutido hasta las cejas y con un gesto de indiferente inactividad, me miré a los sucios pies, preguntándome: ¿Quién podrá mantenerme hoy...? Mis elucubraciones no dieron luz en el asunto. Los camaradas estarían en idénticas condiciones que yo. Un comerciante en cuadros de la calle de La Boitee, mi cliente cada «Corpus y San Juan», vivía al otro lado del mundo, y era además noche para encontrarle. Me fui directamente al café Cuyas, centro de espíritus dilectos, donde desfilaban los artistas más pobres y más inteligentes de París, como yo, más o menos.

Había acertado; mi compañero Roche estaba allí, ¡y tomaba café! Al saludarle, llamé incontinenti: ¡Un café, patrón! Roche escrutó mi semblante.

—¿Tienes dinero?—me dijo.

No tuvo respuesta.

Bebí aquel néctar de los dioses con fruición de enajenado. Después contesté:

—No tengo un sueldo.

—*Mais tu a un culó, mon vieux...!*

No le hice aprecio, abandonado al calorcillo voluptuoso que experimentaba en aquellos instantes de placidez.

A poco fueron llegando los demás intelectuales. El cenáculo se hizo. Las honras y los fracasos de los ausentes llenaron el menú de la noche hasta las tres de la mañana; a esta hora nos cerraron el establecimiento, y partimos. No sé al fin quién pagaría el café. Roche, no; yo... creo que tampoco.

París estaba en tinieblas, y sus calles del *quartier* solitarias. De la marcha de transeuntes lejanos se escuchaba el eco... De algún taxi que pasara raudó por la plaza Pelletier se percibían apenas los cornetazos como validos de oveja perdida en un monte.

¡Qué ajeno estaba mi pobre estómago del porvenir brillante que le aguardaba a la vuelta de una esquina!

Al cruzar frente a la calle del Abate de la Espada, rumbo a mi casa, distinguí una silueta larga y escuálida, envuelta en una capa española. No sé qué misterio adiviné escondido en aquél fantasma que parecía deslizarse para no

hacer ruido. Detuve curiosamente el paso para ver mejor; el hombre se acercó escondiendo frente y ojos bajo el chambergo, y la boca entre los pliegues de la española capa. Yo, por el contrario, dí mi cara faz a faz. El tipo aquel misterioso, al soslayo, pudo verme y detuvo el paso, llamándome por mi nombre, pero no con franqueza, sino solapadamente, con sigilo y miedo. La soledad, el silencio, la negrura de la calle, el tono ronco de aquella voz, el abracadábrico andar del personaje, y, sobre todo, la capa larga me interesaron sobremanera.

—Ven—me dijo.

—¿Pero adónde?

—Ven—repitió con imperio.

—Pero, ¿qué haces? ¿Qué quieres? ¿Por qué vas envuelto así?

—Mira—me respondió, y diciendo abrió la ancha capa y me enseñó un animal. ¡Era un gato! Un gato muerto, y en seguida me dijo:

—¿Tú que haces?

—¿Yo? ¡Morirme de hambre!

—Pues sígueme.

Le seguí y me explicó la historia de sus últimos días.

—Yo como gato; cada dos días mato uno. Esta es mi comida; es decir, *nuestra* comida de hoy y de mañana.

—¡Pero si yo nunca he probado esa porquería!—contesté airado.

—Pues será la primera y no la última. Es una carne exquisita, blanca y suave como la del conejo y muy superior a la de la liebre... ¡Que no me vengan a mí con historias tontas! Después de esta experiencia cruel de mi vida, yo te juro que pueden engañarme todas las veces que quieran: yo aceptaré gatos por liebres, pero jamás me dejaré engañar real y positivamente; ¡a mí no me dan liebre por gato!

La historia era azas curiosa y divertida, y como yo estaba horriblemente dispuesto a comer felino, seguí al artista.

—Tú no sabes—me decía—, tú no puedes imaginar los sustos que yo he pasado, las carreras que he emprendido, las lágrimas lloradas por mi causa, las rabias que he provocado, las tragedias familiares que ocasionaron mi hambre y mi valor. Pero he resuelto el problema de mi vida. Como gato que yo mismo cazo; pero ¡ah Ferrer amigo! Para llegar a mi destreza gaticida he tenido que sufrir temblores, vergüenzas, reprimendas indecibles, angustias, verdaderos martirios. Al principio tenía que asestar varios golpes sin resultado práctico; el animal maullaba con dolores dramáticos, me arañaba con fuerza, el escándalo se levantaba; salían a la calle las conserjes;

se enteraba el cercano agente de policía; los dueños, iracundos, me buscaban, y cuántas veces, al fin de cuentas, el felino se me escapaba de las manos, dejándome hambriento y con mi despecho a cuestas... Hoy es distinto. He llegado a una perfección sorprendente. Un garrotazo es bastante; a golpe por gato; está bien, ¿eh?

—Genial—respondí conmovido, y dije para mí sayo: ¡Qué hombre admirable...! ¡Y qué imbécil yo, de no haber discurrido antes recurso tan eficiente!

Desde ese día fui su amigo inseparable, su fiel cómplice. Comí, viví, trabajé... Gracias a aquel noble talento ruso, que el destino pusiera en el camino de mi vida, frente a la calle del Abate de la Espada, allá subiendo el Boulevard San Michel, en aquellos rincones donde en pleno siglo actual se vive *mil ochocientos treinta-mente...*

Salíamos de noche, garrote en ristre, seguros de tornar con una pieza. Localizados el gato, su dueño, la conserje, el gendarme, y estudiado el vecindario, la topografía del terreno con sus salidas para la retirada, los lugares alumbrados y los tenebrosos, nos acercábamos con una gran tranquilidad. Luego, el estacazo seco, rudo, formidable, en la cabeza del gato, cuyo cerebro quedaba hecho añicos. Consigno este pequeño

detalle a los naturalistas. No sé de qué manera morirán los gatos de muerte natural; pero sí sé cómo se van a la otra vida de muerte de garrotazo.

Al recibir el golpe dan un brinco adelante, un verdadero *salto mortal*, de manera que el hábil gaticida, puede, si es experto y profesional, como nosotros lo éramos, coger al gato en el aire al dar su último salto...

Todavía, sin embargo, nos quedaba por resolver un peliagudo problema: ¡Condimentar la carne! Porque aunque una vez lo intentamos, no pudimos pasar el cuadrúpedo crudo; necesitábamos cocerlo o asarlo, empresa casi imposible. Los vecinos eran de un egoísmo rayano en lo diabólico; no permitían que usásemos su lumbre ni su gas, alegando ser muy caro el combustible. Nosotros, ¿cómo habíamos de obtener esos artículos de lujo, cuando ni el pan llegaba a nuestros labios...? Como yo no soy ingrato, y además no me agrada que se me recuerden favores atrasados, que lastimarían mi orgullo, hurgué en mi imaginación un ardid, un recurso; cavilé, exploré nuestro taller y los ajenos, para ver de qué modo podríamos guisar nuestro alimento, retribuyendo así al pintor ruso los beneficios inmensos que le debiera. La perseverancia en mis pesquisas y el agudísimo ingenio que Dios otorga

a los hambrientos, al cabo y al fin produjeron un efecto maravillo.

Mi casa de la calle de Vercingetorix era como una caja de embalaje, cúbica y de madera. Las escaleras de caracol, enclavadas en el centro del edificio daban acceso a los talleres. Frente a la calle se encontraban los departamentos de lujo más amplios, con bastante luz y aire. El mísero presupuesto de que yo disponía sólo me permitió quedar a deber uno interior, por el que la implacable conserje me exigía ya tres meses de renta vencida; esto es, ciento veinte francos.

La casa tenía cuatro pisos. Yo habitaba, naturalmente, el último. En el descanso de la escalera, para alumbrar la entrada de los talleres, había un mechero de gas, de llama anémica, donde yo fundé mi triunfo y nuestros estómagos hallaron alivio.

Me fabriqué con un alambre robado, una especie de tenazas y un círculo a manera de hornilla. Hecho el aparato, ensayé: Prendí el soporte en el tubo del mechero; sobre el arillo puse nuestra olla de acero. Perfectamente; el resultado era espléndido. Sorprendí a mi colega el ruso con el ingenio mío. Aleccionados ambos, procedíamos con suma destreza; con una cuerda descolgábamos la olla llena de agua con el gato sacrificado; la hornilla improvisada, incrustada

en la tubería, era sostén suficiente para la vasija. Uno de nosotros quedaba en la puerta de la calle, atisbando la llegada de la portera; había peligro, se levantaba la olla, retirándose el gancho de alambre; nos dejaban en paz, entonces hervía el agua, se cocía el cuadrúpedo, y los dos pintores en «bohémis compañías» comíamos nuestro gato... ¡Y así todos los días!



Mi amigo el pintor encendió su pipa sonriendo y añorando: ¡Et voila!—me dijo.

—Bueno—interrogué—. ¿Y aquellas aventuras duraron mucho tiempo?

—Quiá, no—me contestó—. Después vinieron los malos tiempos. Figúrese usted que cuando más contentos pasábamos la vida comiendo gatos, una malhadada noche me encontré en la bolsa de mi chaleco viejo un billete de cincuenta francos, olvido involuntario y signo de mi desprendimiento en épocas de esplendor, y ¡claro está!, tuve que modificar mi existencia. Más tarde, ocurriósele a un rico paisano mío comprarme unos cuadros pagándolos muy bien. Entonces me ví precisado a vestir como todo el mundo y a comer a las veces en «La Avenue»,

en la plaza de la Estación Montparnasse, a dos francos cincuenta el cubierto.

—¿Y el ruso de los gatos?

—Tuve la pena de perderlo. Cuando se enteró de que en nuestro taller se recibía gente de la categoría «casi bien» y que yo almorzaba en *restaurant caro*, que había trocado la «prensa unida» por ponchos mexicanos, regalo de mi profesor, me abandonó indignado. Después supe que se expresaba de mi persona en términos despectivos.

—¿Quién, Ferrer?

—¡Cet un sale burgois...! ¡Nom de Dieu!—Y haciendo una mueca irónica y desdeñosa, concluía:

—¡No me hable más de él...! ¡Es uno de tantos que se dejan engañar comiendo liebre por gato...!

ISIDRO FABELA

A bordo del «Frisia», agosto, 29 de 1916.

LA POESÍA

Pretendes que descubra, bella amiga,
quién es la triste y dulce compañera
que conmigo comparte la fatiga
de este reñido y singular combate
en que, a veces, el alma desespera
y el generoso corazón le abate;
quién es la Musa de mi pobre canto,
la que alienta en mi alma solitaria,
la que en mis ojos pone el triste llanto
y en mis labios la mística plegaria,
la que consuela todos mis dolores,
la que mis negras noches ilumina,
la que en prenda feliz de sus amores
a la escabrosa cumbre de la gloria
mis vacilantes pasos encamina;
qué mujer es, en fin, la que en mi historia
comparte enamorada
mi inconsolable pena o mi alegría...
esa mujer tan bella como amada

es mi diosa gentil: la Poesía.
¡Cuántas noches de fiebre, triste, a solas,
en la ardorosa mente del poeta,
luchan los desatados pensamientos,
como en el mar las encontradas olas!
Y esos nobles y dulces sentimientos
que se elaboran en el alma inquieta,
resbalan por las cuerdas de la lira;
y en sus puros acentos,
parece que le escuchan los lamentos
del corazón humano que suspira!
De los muertos imperios las grandezas
que asombro fueron de la humana historia;
del alma dolorida las tristezas;
las infinitas ansias de la gloria;
cuanto la mente en su ilusión procura
y cuanto el hombre en sus delirios ama,
vibra en su estrofa pura
y en su lluvia de versos se derrama.
Suena en ella la voz del gran Homero;
ora vibra iracunda
con el épico canto del guerrero;
ora pinta el idilio
que de placer el corazón inunda
en la armoniosa estrofa de Virgilio;
toma vida en el alma solitaria,
sus muertas ilusiones resucita
y embellece la mística plegaria

que eleva al Cielo el triste cenobita;
ella forja los puros ideales
que disipan del hombre los dolores
y eterniza el amor de los amores
esculpiéndole en versos inmortales;
llora con el dolor de Prometeo
a la tajada roca encadenado
mientras lucha tenaz con el deseo
y siente el corazón despedazado;
es luz que nuestras noches ilumina,
astro que alumbra en la existencia humana
la triste soledad en que camina
la cansada y errante caravana.
¿Morirá la Poesía, voz divina
que en el humano corazón retumba
y nuestros torpes pasos encamina
desde la cuna a la ignorada tumba?
Mientras vista la hermosa Primavera
la tierra adormecida
con espléndido manto de verdura;
mientras tome calor, aliento y vida
la ilusión impalpable que fulgura
en el amante corazón que espera;
mientras de amor, en el fecundo exceso,
se enlacen los humanos corazones
y palpiten con dulces ilusiones
y se fundan las almas en un beso;
mientras el muro triste y derruido

nos muestre las grandezas del pasado
y del profundo sueño del olvido
despierten como un eco las edades
con sus brillantes páginas de gloria
poblando del desierto de la Historia
las inmensas y muertas soledades;
mientras desgarre el alma solitaria
la pena aguda sin vulgar consuelo
y pretenda del hombre la plegaria
abrir las puertas del cerrado cielo;
mientras exista un rayo de alegría
brillará la Poesía

sobre el abismo de la humana historia,
aclarando las sombras del camino
por donde busca el triste peregrino
la inaccesible cumbre de la gloria.
No temas, no, que con mortal desmayo,
su divina misión, al fin termine,
ni que con triste y moribundo rayo
nuestras lóbregas noches ilumine.
Arde eterna su llama sacrosanta
que en las negruras de la noche brilla
como la estrella en el azul sereno;
de sus propias cenizas se levanta
y con su propia sangre se renueva
que aunque los cuerpos rueden por el cieno
el espíritu siempre a Dios se eleva.

José TORAL

URBINA

Hace poco más de un año conocí a Luis G. Urbina.

Fué en casa de Villaespesa, en aquellas inolvidables veladas en que el gran poeta del *Alcazar de las Perlas* nos daba a conocer los admirables versos de *El Halconero* y los sonetos al *Generalife*.

Un cultísimo artista, Alfredo Gómez de la Vega, habló del *viejecito*—como llamaba cariñosamente al inmenso poeta mejicano—y recitó por primera vez *La elegía de mis manos, Vieja lágrima y Más allá de la melancolía*.

No era Urbina uno de esos vates declamatorios y fríos, que deslumbran al pronto con la brillantez verbalista del estilo, sin dejar luego la más leve huella. Había en sus versos un hondo acento de sinceridad, una íntima poesía del corazón, una sensibilidad tan exquisita, que se

apoderaba de la voluntad, dejando una profunda e imborrable emoción en el alma.

Desde aquel momento—mucho antes de conocerle personalmente—fui no sólo un admirador del poeta mejicano, sino un amigo, un hermano.



Urbina es un poeta que *vive* su poesía.

La bondad que resplandece en sus versos, no es una farsa lírica, no es un artificio de la imaginación. Es el raudal que brota puro y cristalino de la sagrada fuente del alma.

Urbina no ha tenido, como otros poetas, que *crearse* un sentimiento imaginativo.

La emoción y el sentimiento son en él naturales.

Ese es el secreto de sus triunfos.

«Tres condiciones—dice Lamartine—son necesarias para formar un gran poeta serio en todos los siglos: un amor, una fe y un carácter.»

Y estas tres condiciones se reúnen de un modo admirable en la lírica de Urbina.

Todo está contenido en su lema «*Crear-crear*».

El carácter de la lírica de Urbina estriba en la milagrosa unión de lo antiguo con lo nuevo.

Es clásico y romántico a un tiempo.

Tiene su poesía sabor de vino viejo, y está,

sin embargo, contenida en rica copa de oro muy nueva, muy brillante y exquisitamente cincelada...

Tiene la solidez, la sabia madurez de lo arcaico y la gracia exquisita y espiritual de una eterna juventud.

Nunca es académico, nunca es rígido, jamás es declamatorio ni artificioso.

Su carácter, como su estilo, es personalísimo, y su personalismo está en que su verso no es jamás esclavo ni amanerado, no está cincelado en el yunque de la forma; tiene todo el jugo de la espontaneidad. Nace como la flor, se nutre de la sabia del pensamiento, se eleva al cielo buscando la luz, y abre su corola ya majestuosamente como una magnolia, ya sencilla y modesta como una violeta; pero siempre llena de gracia, de belleza y de sinceridad.



El alma de Urbina se manifiesta en su obra.

Podemos contemplarla como si se vislumbrara a través de la diafanidad de su estilo.

Podemos estudiarle con absoluta precisión. Urbina ama la vida, ama la luz y los bellos paisajes.

Allá, en sus días de paz, ¡con cuánta ingenui-

dad y alegría expresaba las juveniles emociones de su alma!

Amanecí poeta. ¡Buenos días,
claridad de los cielos, honda y quieta!
¡Valle patrio, salud! ¡Montañas mías,
salud! ¡Salud, azules lejanías!
¡Qué alegre estoy! Amanecí poeta.

.....
Y el horizonte es una gran sonrisa
hecha de resplandores y destellos;
entre la bruma gris, el sol se irisa;
las magnéticas manos de la brisa
sacuden y embalsaman mis cabellos.

.....
.....
¿Quién me dió esta mirada de cariño
para ver un ambiente tan sereno?
¿Porque me siento niño?
¿Porque me siento bueno?
Mi alma no es hoy barranco
de tinieblas, sino cumbre de gloria.
¿Quién la limpió de escoria?
¿Quién la vistió de blanco?

.....
.....
La claridad del cielo, la profunda -y secreta-
paz de sus valles y sus montañas, la dulce y ju-

venil alegría de sentirse poeta, no le inspiran orgullo ni egoísmo; no le encierran en su castillo interior para gozar él solo de su dicha, ni le impulsa por las torcidas sendas de la sensualidad, ni por los caminos de la soberbia.

Se siente niño, se siente bueno. Es como si llevara una rosa

«recién abierta en lo interior del pecho».

Siente

«la aspiración al bien, toda infinito,
y el amor inmortal, todo esperanza».

Cuando la «vieja lágrima» del sufrimiento humano se filtró, por oculto resquicio, en lo escondido de su entraña, *en aquel triste atardecer de invierno*, él recogió en su corazón, como un cáliz, el dolor, lágrima a lágrima, y lo llevó noblemente, transformándolo en melancolía y en fuente inagotable de ternura.

Entró el dolor en la vida del poeta, y entró también en su obra.

Mas el dolor al herir este alma grande y noble no se trocó en acentos de desesperación, ni en amargos lamentos de cólera; no se cambió en rebeldía, ni destiló el veneno de la sátira.

No le inspiró amargas ironías como a Alfredo de Muset, ni lanzó gritos desesperados como Espronceda, ni, escéptico y trágico, paseó por la vida la impotente soberbia, como Heine, ni se revolvió contra el Destino como Leopardi.

Amó, sufrió y perdonó; llevó su bondad hasta la cruz, hasta el sacrificio; bendijo al que le perseguía, perdonó al enemigo, amó siempre, siempre...!

«No basta aceptar la cruz—se dijo—, hay que amarla.»



Cuando el sublime cantor de la Provenza, Federico Mistral, escribió su inmortal poema, enamorado de la humildad de su heroína, quiso que la frente de la angelical *Mireya* resplandeciera aunque no tuviera diadema de oro; quiso que aquella niña gentil fuera glorificada como una reina.

Mistral, verdadero poeta, había penetrado en el secreto poder de la humildad.

Había comprendido la profunda sabiduría de la Naturaleza, había visto que «cuando los frutos maduran al sol y al rocío, entre la verdura, viene el hombre, famélico como un lobo, a des-

pojar de sus frutos el árbol. Mas en la cima, Dios siempre eleva alguna rama, donde el hombre insaciable no puede alzar la mano; hermoso pimpollo primaveral, virginal y oloroso, al cual llegase el pajarillo para saciar su hambre.»

Y Mistral quiso colgar su poema en estas «ramas de los pájaros».

Quiso recoger en su plectro los dolores humildes y elevar hasta las altas ramas de la más sublime poesía, las escondidas y modestas flores de su país, y el Dios de los humildes, el Dios que nació entre pastores, hizo que este cántico fuera inmortal.

Así Urbina, guiado por el mismo impulso, ha buscado también la «rama de los pájaros».

Seguidle a lo largo de su vida y a través de sus obras.

Seguid sus pasos. Ved. Su noble lira, como su corazón, se da con sublime generosidad, a los humildes.

El, como Mistral, hará que la frente de los pequeños resplandezca como si tuvieran diademas de oro.

Su estilo desdeñará toda énfasis, toda al-tisonancia declamatoria, adquirirá una divina sencillez, una diafanidad sublime—suprema expresión de arte—y exteriorizará su emoción, su impetu pasional, su ternura incom-

parable, en una forma toda gracia, toda sensibilidad.

¿A qué encumbradas regiones de la poesía se elevó el maestro para conseguir esta maravillosa forma?

Ved cómo se detiene ante toda tragedia humilde; ved cómo abarca con sus anchas y pensativas pupilas los cuadros de escondido dolor, y cómo abre su corazón para compadecer y comprender.

Ya se detiene ante el pobre emigrado español, ante el desgraciado niño que, empujado por la miseria, dejó su hogar, su pobre aldea y fué a buscar el pan a tierra extraña.

¡Cómo compadece la «morriña» del pobre niño, que recuerda la delicia

de sentarse a cuidar el rebaño
a la sombra de un viejo castaño,
o a la vera de un río, en Galicia!

Al visitar Toledo admirará los tesoros artísticos, contemplará extasiado el carácter histórico de la vieja ciudad, los grandes monumentos, la maravillosa catedral, las calles legendarias, todo le encanta...; pero su corazón se detiene ante una ventana iluminada en la noche donde vela traba-

jando una humilde obrerita, y la imaginación del poeta, en vez de fantasear sobre el pasado, en vez de componer una leyenda como la de *Las tres fechas*, se inclina a contemplar y compadecer aquella vida humilde que se gasta y se consume en tan triste labor...

Bajo el sol y frente al mar... en las frondas de los jardines cubanos, bajo los árboles cuyas altas y tupidas copas forman ciudades aladas, pobladas de pájaros contentos de vivir, el poeta escuchará con júbilo el canto de estos pájaros y se detendrá a contemplar la belleza del crepúsculo...; pero su bondad se ha conmovido ante el espectáculo de la triste vagabundería que pasa.

En la Hahana no hay cotarros, no hay dormitorios de vagabundos.

«Los guardias rondan, en vigilia constante, para que estos pobres lobos desdentados, estos miserables, estos tristes, no se habitúen a transformar en lecho la banca de un paseo público, ni la orilla del mar, ni el asiento de un jardín. Se les deja libre el paso, pero no el sueño. Están condenados, como Lady Maebeeth, a matar el sueño.

El pájaro tiene la hospitalaria fronda, donde encuentra nido y albergue; mas el hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza en estas populosas ciudades modernas.

«Los que no tienen hogar, no tienen derecho al sueño:»

Y el poeta piensa en la misericordia del árbol, que parece que, al mediar la noche, hace más compacta su copa, más gruesas sus hojas, más apretadas sus ramas; y, en la sombra protectora, oculta, como en un regazo de madre viuda, al «hijo pródigo» de la vida.

«El árbol no cejará en su empeño maternal, de dar abrigo a los cansancios; el árbol no conoce la organización social; siente que es una injusticia que arriba los pájaros duerman tranquilamente y abajo los hombres ni siquiera puedan dormir unos instantes.»

Así irá siempre el poeta por la vida.

Sus piadosas manos,
tan dispuestas a todas las justicias,
tan dúctiles a todos los halagos,
tan fáciles a todas las caricias,

se extenderán siempre para levantar al caído,

y secarán los ojos al que llora,
bendecirán al pájaro en el nido
y en el cielo a la aurora.



El poeta mejicano Amado Nervo, en el prólogo del *Glosario de la vida vulgar*—último libro de Urbina—ha dicho:

«Luis G. Urbina ha llegado a las playas españolas casi al propio tiempo que las golondrinas corvas y los vencejos azulados. Y en verdad te digo que así como estas aves parecen traernos el don de la Primavera, él trae a España un don no menos grande: el don de su madurez serena y tierna al propio tiempo, de su emoción tan honda y límpida, que se adueña al instante de nosotros, y en el cual hay no sé qué dejo extraño y delicado de mis montañas y de mis valles.»

¡Ah! Esta sublime golondrina no sólo traerá a España el don de la Primavera. Este gran corazón, que desde su cátedra de Literatura de la Universidad de Méjico electrizaba a sus alumnos cuando hablaba de los grandes escritores castellanos de nuestro Siglo de Oro; este prodigioso artista, que cuando visitó el Museo del Prado saludó a nuestro Velázquez como a un viejo amigo, y cuando pisó los umbrales de la Biblioteca Nacional le pareció que entraba en el antiguo archivo de su casa solariega, ejerce a su paso un santo y noble apostolado.

El se hace pequeño, con los humildes; pobre, con los pobres; triste, con el triste; alegre, con

el alegre. No vive para sí, sino para sus amigos; prodiga su gran corazón; sabe escuchar y sabe tolerar; es comprensivo y dúctil. Su inteligencia se amolda a todo, y llena de luz, de bondad y de confianza, el alma de los humildes.

Sus manos, esas diminutas manos, «que no han declamado jamás la vil comedia», esas maravillosas manos, instrumentos del genio, estas pequeñas manos tan grandes en misericordia, realizan una misión sublime: están constantemente creando nuevos y fortísimos lazos de unión y de fraternidad.

Luis LEON DOMINGUEZ

EL REGRESO

I

Pára el tren. Esta casa de cartón,
entre las cuatro anémicas acacias,
habla de un pueblo más... Otra estación...
Y las pupilas torpes y reacias,

vencidas al cansancio y la indolencia,
miran desde la turbia ventanilla:
un camino, una vieja diligencia,
una mies retostada y amarilla.

A lo lejos, un pardo caserío.
Un arroyuelo que no llega a río.
Una pelada y árida campiña.

Y de allá de un terrizo que está en siega
el gemir de una cántica gallega
que llora de nostalgia y de morriña.

II

Sonar de la campana en el andén.
Estridencia de un pito. Resoplidos
de la locomotora. Y sale el tren.
Algo infernal taladra los oídos.

Las acacias temblonas, en el viento
parece que un eterno adiós suspiran.
El tren en una curva da un lamento.
Indolentes los ojos ya no miran...

El sopor nos aturde y desvanece,
y entornando los párpados, parece
que caímos en una pesadilla.

Bochorno, enervamiento, olor a era.
De un bronce funeral, la voz austera
se oye sonar muy lejos. Es Castilla.

III

¡El pinar! ¡El pinar! Hemos gritado,
y un aroma a tomillo y a resina
por la abierta ventana ha penetrado.
¡Olor a mansedumbre campesina!

¿Qué evocan y suspiran estos pinos,
siempre verdes, fragantes, melancólicos,
llorando lagrimones ambarinos
plañiendo al vendaval versos bucólicos?

Es el aire más fresco y más sutil.
El cielo de un intenso azul añil;
en él, dos nubecillas: dos palomas.

Silba el tren, y los pinos, se diría
que estremeidos a su algarabía,
huyen acobardados a las lomas.

IV

Hemos pasado un túnel—humo, hedor,
obscuridad—. Y el tren que se desliza
entre un martilleo atronador.
En el farol, la triste luz pajiza

que torna de cadáver los semblantes;
y vemos en las sombras hoscos guiños,
y se nos hacen siglos los instantes
y evocando redrores y años niños,

miramos en las sombras al viajero
y sentimos el golpe traicionero
de un puñal, que en el pecho nos ha hundido.

Mas la luz vuelve a entrar. Nueva alegría
y nuevo y brusco amanecer del día...
Miramos al viajero: va dormido.

V

Bruma en las cimas y en los prados niebla.
El tren jadea y con fatiga sube,
rasgando esta espesísima tiniebla
de humo, de amanecer, de sueño y nube.

Lagrima el cristal. Lloro la hoja
del álamo en la linde. La montaña
huele a tierra fecunda, y en la roja
cima suena el «tin, tan» de la espadaña.

Pasa un río de plata rumoroso.
Quietud en el paisaje, almo reposo.
El tren asciende lento y jadeante,

y en el silencio blando del ejido
la máquina prorrumpe en un silbido,
como el ¡ay! de dolor de un caminante.

VI

¡El fin de la jornada! ¡Hemos llegado
a la tierra! ¡Acento melodioso
de este hablar musical! El buen criado
que besa vuestra mano... El oloroso

aroma de estos prados, que despierta
tantas evocaciones... Y la entrada
en nuestra casa—noble puerta
de clavos, y blasón en la fachada—.

¡Dulce minuto de avivar lo muerto!
¡Años que en tumultuoso desconcierto
volvemos a vivir estos instantes!

¡Reverdecer de ideas y cariños!
¡Tornarnos a sentir buenos y niños,
y no poder volverlo a ser como antes...!

ANTONIO GULLÓN

Del último libro "Elevación"

Substitución.

¡Cómo han envejecido
tus manos!

¡Tus afiladas manos
de palidez ascética!

Tu rostro es todavía
joven, y tu cabeza
altiva, aún no se ciñe
su corona de plata.

Tus ojos claros saben
penetrar en la hondura
del alma que se esquivo,
como dos estiletes

luminosos de acero,
penetran en las carnes.

Tu frente muestra arrugas;
pero son como surcos
que aró tu pensamiento,
para sembrar las flores
de la meditación.

Sólo tus pobres manos
sarmentosas y exangües,
dicen toda la lucha
de tu vivir potente;
hablan de los combates
continuos en que, al cabo,
venciste al enemigo
cruel que hay en nosotros,
al ansia sibarítica,
que pide siempre goces
a la ley del pecado
que anida en las entrañas.

Tu rostro nunca supo
gesticular... Inmóvil
y claro como espejo,
devolvía a la vida
sus imágenes vanas,
imperturbable siempre.

Leíase en tus ojos
la paz de la conciencia,
conquistada por fin;
el perfecto equilibrio
entre tu alma y el mundo...

¡Pero tus pobres manos
sabían la verdad!
Ellas gesticulaban
en lugar de tu rostro,
porque no se amenguase
la majestad augusta
de tu expresión serena...

No hay un dolor que en ellas
no haya quedado impreso.
Son libro de diez páginas,
rugosas y amarillas,
cada una de las cuales
narra muchas historias,
cuenta muchos martirios.

¡Oh bien nutridas hojas,
oh poema conciso,
lleno de intimidades
misteriosas y excelsas!
¡Pobres manos sagradas,

fáciles al augurio,
claras al quiromante!

¡Nobles manos verídicas,
llenas de ingenuidad,
que revelan tu diáfana
y pródiga faena!

¡Quiero besar tus manos!
Quiero poner tu diestra
sobre mi corazón.
Quiero apoyar su palma
fría, sobre mi frente:
quizás me reconforte
con su influjo potente;
quizás por siempre corte
la fiebre de mi alma.

AMADO NERVO

Junio, 1915.

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Rocinante, por J. A. González Lanuza.....	1
Primaveras ficticias, por Santiago Rusiñol.....	45
A Darío, por Carlos Cabrera.....	52
Notas de viaje, por Luis G. Urbina.....	56
Sonetos, por Luis Barreda.....	74
Juana Borrero, por Rubén Darío.....	79
Epístola a Manolo González, por Tomás Morales.	89
Soledad, por Francisco Orozco Muñoz.....	96
La casa de los abuelos, por Francisco Orozco Muñoz.....	98
Figuras contemporáneas, por Julio Cejador.....	99
Los problemas mexicanos, por Luis Cabrera....	112
Un poeta nuevo, por Juan de Contreras y López de Ayala.....	138
Prefacio para la historia de la crítica artística es- pañola de fines del siglo XIX y comienzos del XX, por Enrique D. Madrazo.....	143
Liebre por gato, por Isidro Fabela.....	154
La Poesía, por José Toral.....	165
Urbina, por Luis León Domínguez.....	169
El Regreso, por Antonio Gullón.....	181
Del último libro «Elevación», por Amado Nervo.	186

Banco Hispano-Americano

Capital: 100 millones de pesetas.

MADRID: Calle de Sevilla, 7.

SUCURSALES

Barcelona, Málaga, Granada, Zaragoza, Sevilla, Coruña y Valencia.

AGENCIAS

Villafranca del Panadés, Egea de los Caballeros y Antequera.

Realiza, dando grandes facilidades, todas operaciones propias de estos establecimientos, y en especial las de España con las Repúblicas de la América latina.

Compra y vende por cuenta de sus clientes en todas las Bolsas toda clase de valores y monedas y billetes de Bancos extranjeros.

Cobra y descuenta cupones y amortización y documentos de giro.

Presta sobre valores, metales preciosos y monedas, y abre crédito sobre ellos.

Facilita giros, cheques y cartas de crédito.

Abre cuentas corrientes, con interés y sin él.

Admite en sus Cajas depósitos en efectivo y efectos de custodia.

Servicios de la Compañía Trasatlántica

Línea de Buenos Aires

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 4, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el día 2 y de Montevideo el 3.

Línea de New-York, Cuba Méjico

Servicio mensual saliendo de Génova (facultativa) el 21, de Barcelona el 25, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30, para New-York, Habana, Veracruz y Puerto Méjico. Regreso de Veracruz el 27 y de Habana el 30 de cada mes.

Línea de Cuba Méjico

Servicio mensual saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 19, de Gijón el 20 y de Coruña el 21, para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz el 16 y de Habana el 20 de cada mes para Coruña y Santander.

Línea de Venezuela-Colombia

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 10, el 11 de Valencia, el 13 de Málaga, y de Cádiz el 15 de cada mes, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico, Habana, Puerto Limón, Colón, Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello y La Guayra. Se admite pasaje y carga con transbordo para Veracruz, Tampico y puertos del Pacífico.

Línea de Filipinas

En lo que resta de año se realizarán los siguientes viajes á Manila, saliendo los vapores de Barcelona el 30 de Agosto, 18 de Octubre y 26 de Noviembre para Port-Saïd, Suez, Colombo, Singapur y Manila.

Línea de Fernando Póo

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 2, de Valencia el 3, de Alicante el 4, de Cádiz el 7, para Tánger, Casablanca, Mazagán (escalas facultativas), Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo el 2, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Línea Brasil-Plata

Servicio mensual saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña, Vigo y Lisboa (facultativa), para Rio Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Rio Janeiro, Canarias, Lisboa, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen telegrafía sin hilos.

COLECCIÓN CERVANTES

I.— «La cultura filosófica en España», de José Ingenieros.

II.— «Bajo el sol y frente al mar», de Luis G. Urbina.

III.— «Geometría moral», de Juan Montalvo.

IV.— «Cuentos frágiles», de Manuel Gutiérrez Nájera.

DIRECCIÓN: Alberto Aguilera, número 35
Teléfono 3967